



1 DE NOVIEMBRE. SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

Aconseja el Kempis que no discutamos sobre cuál es el mayor de los Santos. Ya dijo Jesús que Juan Bautista era el mayor entre los nacidos de mujer —por su tarea, por su misión— pero, aun así, añadió que el más pequeño en el reino de los cielos es, puede ser, mayor que Juan. Pues será más santo el que tenga más amor, el que se deje poseer más por Dios. Y eso sólo Dios lo sabe.

El Apocalipsis nos dice que son innumerables los santos, los marcados con el sello de Dios en sus frentes: doce mil de cada una de las doce tribus de Israel. Estas doce tribus representan a la Iglesia, a todo el pueblo de Dios. Y en cuanto a los números, el doce se interpreta como plenitud, y el mil como solidez. El mismo autor sagrado dice que se trataba de una muchedumbre ingente de toda nación, pueblos y tribus.

Efectivamente. Son incontables los santos y santas canonizados, que han merecido el honor de los altares. Pero los santos canonizados no son más que una mínima parte de los siervos y siervas de Dios, que con la ayuda de la gracia divina supieron ser fieles y practicaron la virtud en grado heroico.

Es la confirmación de la vocación universal a la santidad de que nos habla el capítulo V de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, del Concilio Vaticano II. “En la Iglesia todos están llamados a la santidad. Todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad”. Y el Sínodo Episcopal de octubre de 1987 sobre los Laicos ha repetido la doctrina del Concilio, con aplicaciones concretas para los mismos laicos.

Pero ¿qué hacer con los santos anónimos, que no han recibido el reconocimiento oficial de la Iglesia? La Iglesia no los olvida. Este es el sentido de la fiesta de hoy: celebrar solemnemente a todos los santos que no figuran en el calendario. Ellos están ante Dios y ruegan por nosotros. En el cementerio de Arlington, de Washington, junto a la tumba del presidente Kennedy, hay un monumento al Soldado Desconocido, con esta hermosa coletilla: desconocido, *but not to God*, pero no para Dios.

Era una costumbre ya de los paganos. Los griegos y romanos tenían dioses para todas las actividades y profesiones. No querían que ningún dios se quedara sin templo. Así, Agripa, veintisiete años antes de Cristo, contruyó en Roma el Panteón, dedicado a Augusto y a todas las deidades romanas. El Panteón lo bautizó luego el Papa Bonifacio IV con el nombre de Santa María y de todos los mártires. Más tarde, en el siglo IX, el Papa Gregorio IV mandó que se celebrara en toda la Iglesia la fiesta de Todos los Santos, para que ninguno quedase sin la debida veneración.

Una vez un catequista preguntó a un niño qué era un santo. El niño, antes, estando un día en la iglesia, preguntó a su mamá qué eran aquellas figuras que veía en las vidrieras de la iglesia y que brillaban tanto cuando salía el sol. Su mamá le había dicho que eran santos. Y ahora el niño contestó al catequista con rapidez y precisión: Un santo es un hombre por donde pasa la luz. Preciosa definición.

Eso son los santos: seres transparentes, espejos de la luz de Dios, que se purifican constantemente para captarla mejor y reflejarla más perfectamente. Esos son los santos: los grandes amigos de Dios.

San Bernardo nos enseña cómo celebrar la fiesta de Todos los Santos: “la veneración de su memoria redundará en provecho nuestro, no suyo. En cuanto a mí, confieso que, al pensar en ellos, se enciende en mí un fuerte deseo”.

Otros Santos de hoy: Juan, Benigno, Diego, Cesáreo, Dacio, María, Juliana, Pedro, Licinio, Severino, Jerónimo, Valentín.



2 DE NOVIEMBRE. CONMEMORACIÓN DE LOS FIELES DIFUNTOS

Ayer recordábamos la fiesta de todos los Santos, los que ya gozan del Señor. Hoy recordamos a los que se purifican en el purgatorio, antes de su entrada en la gloria. Bienaventurados los que mueren en el Señor, nos recuerda el Apocalipsis. Y añade: Nada manchado puede entrar en el cielo.

El purgatorio es la mansión temporal de los que murieron en gracia, hasta purificarse totalmente. Es el noviciado de la visión de Dios, dice el P. Fáber. Es el lugar donde se pulen las piedras de la Jerusalén celestial. Es el lazareto en que el pasajero contaminado se detiene ante el puerto, para poder curarse y entrar en la patria.

Pero en el purgatorio hay alegría. Y hay alegría, porque hay esperanza. Del lado que caiga el árbol, así quedará para siempre, dice un sabio refrán. Y en el purgatorio sólo están los salvados. En la puerta del infierno escribió Dante: "Dejad toda esperanza los que entráis". En la del purgatorio vio Santa Francisca Romana: "Esta es la mansión de la esperanza".

Es una esperanza con dolor: el fuego purificador. Pero es un dolor

aminorado por la esperanza. El lingote de oro es arrojado al fuego para que se desprendan las escorias. Así hay que arrancar las escorias del alma, para que, como un vaso perfecto, pueda presentarse en la mesa del rey.

La ausencia del amado es un cruel martirio, pues el anhelo de todo amante es la visión, la presencia y la posesión. Si las almas santas ya sufrieron esta ausencia en la tierra —“que muero porque no muero”, clama Santa Teresa—, mucho mayor será el hambre y sed y fiebre de Dios que sientan las almas ya liberadas de las ataduras corporales.

Las almas del purgatorio ya no pueden merecer. Pero Dios nos ha concedido a nosotros el poder maravilloso de aliviar sus penas, de acelerar su entrada en el paraíso. Así se realiza por el dogma consolador de la comunión de los santos, por la relación e interdependencia de todos los fieles de Cristo, los que están en la tierra, en el cielo o en el purgatorio. Con nuestras buenas obras y oraciones —nuestros pequeños méritos— podemos aplicar a los difuntos los méritos infinitos de Cristo.

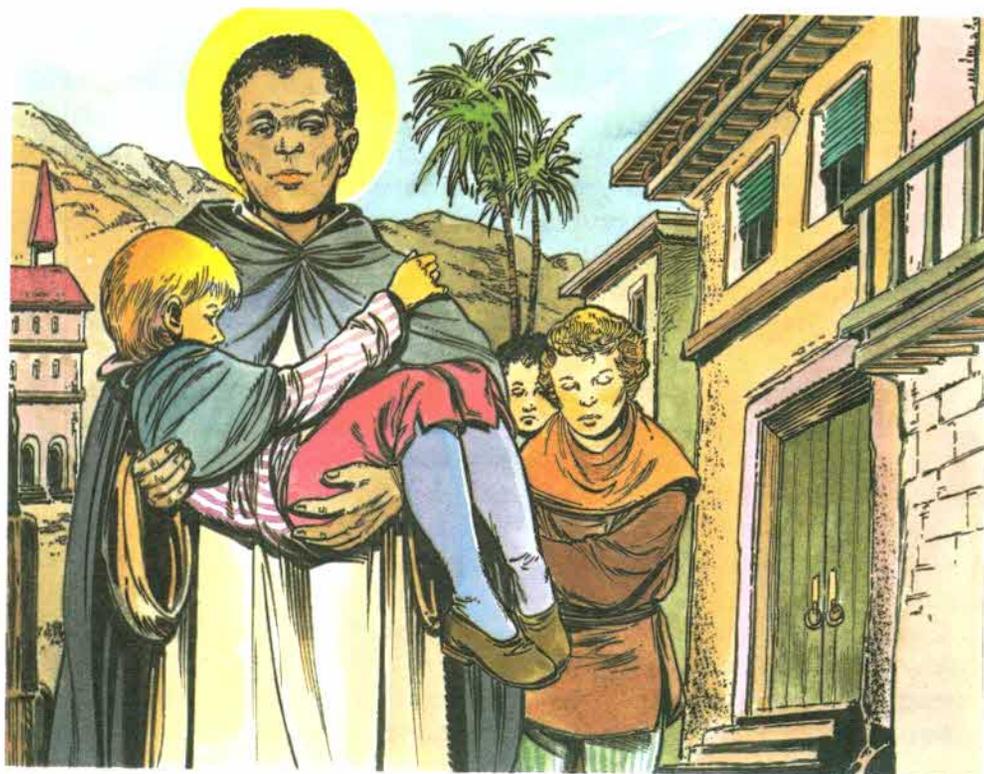
Ya en el Antiguo Testamento, en el segundo libro de los Macabeos, vemos a Judas enviando una colecta a Jerusalén para ofrecerla como expiación por los muertos en la batalla. Pues, dice el autor sagrado, es una idea piadosa y santa rezar por los muertos para que sean liberados del pecado.

Los paganos deshojaban rosas y tejían guirnaldas en honor de los difuntos. Nosotros debemos hacer más. “Un cristiano, dice San Ambrosio, tiene mejores presentes. Cubrid de rosas, si queréis, los mausoleos, pero envolvedlos, sobre todo, en aromas de oraciones”.

De este modo, la muerte cristiana, unida a la de Cristo, tiene un aspecto pascual: es el tránsito de la vida terrena a la vida eterna. Por eso, a lo que los paganos llamaban necrópolis —ciudad de los muertos— los cristianos llamamos cementerio —dormitorio o lugar de reposo transitorio—. Así se entiende que San Francisco de Asís pudiese saludar alegremente a la descarnada visitante: “Bienvenida sea mi hermana la muerte”. Y con más pasión aún Santa Teresa: “¡Ah, Jesús mío! Ya es hora de que nos veamos”.

Este es el sentido de la Conmemoración de los fieles difuntos. Como Conmemoración litúrgica solemne, la estableció San Odilón, abad de Cluny, para toda la Orden benedictina. Las gentes recibieron con gusto la iniciativa. Roma la adoptó y se extendió por toda la cristiandad.

Otros Santos de hoy: Victorino, Justo, Tobías, Víctor, Jorge, Ambrosio, Marciano.



3 DE NOVIEMBRE. SAN MARTÍN DE PORRES, religioso (+ 1639)

San Martín de Porres nació en Lima el año 1579. Era hijo de un hidalgo español, D. Juan de Porres, y de una muchacha mulata, Ana Velázquez. Martín fue bautizado en la iglesia de San Sebastián, en la misma pila bautismal en que siete años más tarde lo sería Santa Rosa de Lima.

Desde niño fue Martín muy generoso con los pobres, a los que daba parte del dinero cuando iba de compras. Su madre lo llevaba con frecuencia al templo. Su padre, gobernador de Panamá, le procuró una buena educación.

Martín aprendió el oficio de barbero, que incluía el de cirujano y la medicina general. Cumplía bien su oficio, sobre todo en favor de los pobres, y aprovechaba la ocasión para hablarles de Dios, y era tal su bondad que conmovía a todos. Por el día trabajaba. Por la noche se dedicaba a la oración.

A los quince años entró como terciario dominico en el convento del Rosario de Lima. Allí fue feliz, sirviendo con humildad y caridad a los de dentro y a los de fuera. Convirtió el convento en un hospital. Recogía enfermos y heridos por las calles, los cargaba sobre sus hombros y los

acostaba en su propia cama. Los cuidaba y mimaba como una madre. Algunos religiosos protestaron, pues infringía la clausura y la paz. La caridad está por encima de la clausura, contestaba Martín. Sus rudimentarias medicinas, y más aún sus manos, obraban curaciones y milagros. Su caridad se extendía a los pobres animalitos que encontraba hambrientos y heridos.

Había muchos vagabundos por Lima. Buscó dinero y fundó el Asilo de Santa Cruz para niños y niñas. Allí les cuidaba y enseñaba una profesión.

Sus devociones preferidas eran: Cristo Crucificado, y en recuerdo de los sufrimientos de Cristo en la Cruz se daba tres disciplinas diarias. Jesús Sacramentado, y pasaba horas ante el Santísimo con frecuentes éxtasis. La Virgen María —sobre todo bajo la advocación del Rosario— con la que conversaba amorosamente. Y el ángel de la guarda, al que acudía con mucha frecuencia. Luchaba tenazmente contra el sueño en la oración.

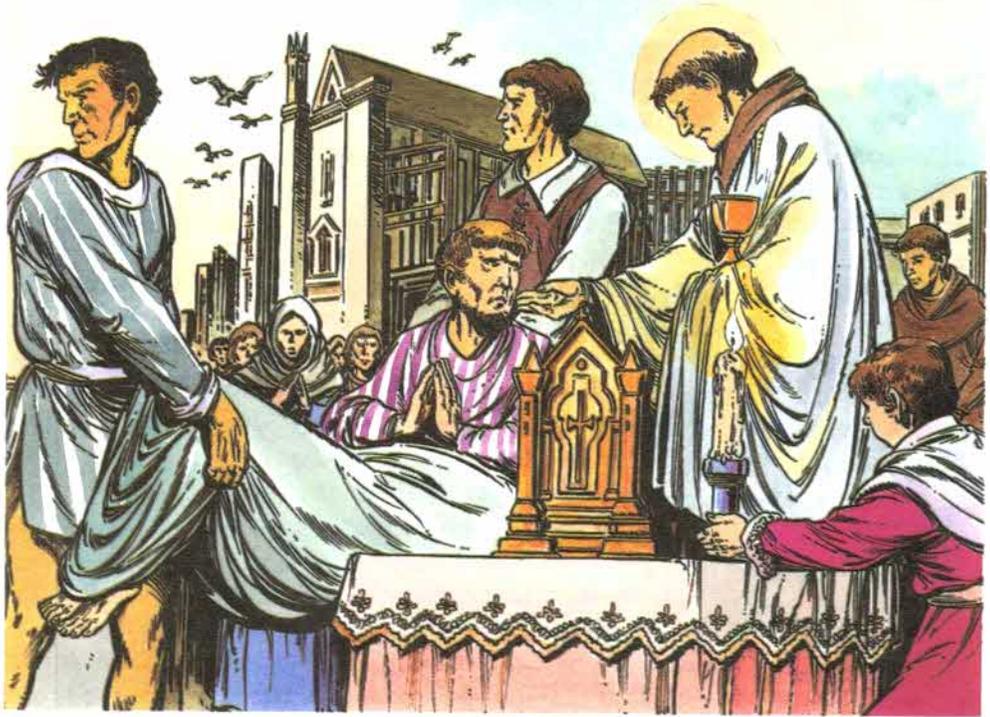
Cuando la viruela empezó a causar estragos en Lima, la actividad y los cuidados de Martín se multiplicaron. A todas partes llevaba consuelo y remedio. Se cuenta que gozó del privilegio de la multilocación, pues le veían curando y consolando simultáneamente en varios sitios. Todos acudían a él. Todos le tenían por santo. Era el ángel de Lima.

Aquel esfuerzo sobrehumano llegó a debilitarle peligrosamente. Cayó enfermo. Él sabía que no saldría de aquella enfermedad. Sufrió entonces muchos ataques del demonio, pero sintió el consuelo y compañía de la Virgen.

Cuando vio que se acercaba el momento feliz de ir de gozar de Dios, pidió a los religiosos que le rodeaban que entonasen el Credo. Mientras lo cantaban, entregó su alma a Dios. Era el 3 de noviembre de 1639.

Su muerte causó profunda conmoción en la ciudad. Había sido el hermano y enfermero de todos, singularmente de los más pobres. Todos se disputaban por conseguir alguna reliquia. Toda la ciudad le dio el último adiós.

Su culto se ha extendido prodigiosamente. Gregorio XVI lo declaró Beato el 1837. Fue canonizado por Juan XXIII en 1962. Recordaba el Papa, en la homilía de la canonización, las devociones en que se había distinguido el nuevo Santo: su profunda humildad que le hacía considerar a todos superiores a él, su celo apostólico, y sus continuos desvelos por atender a enfermos y necesitados, lo que le valió, por parte de todo el pueblo, el hermoso apelativo de “Martín de la caridad”.



4 DE NOVIEMBRE. SAN CARLOS BORROMEEO, obispo (+ 1584)

San Carlos Borromeo nació el 1538 en Arona, Lombardía. Pertenecía a la ilustre familia de los Médicis, y había recibido una educación universitaria en Pavia. Era un joven austero, trabajador y responsable.

Cuando en 1559 fue coronado Papa, con el nombre de Pío IV, su tío el cardenal Médicis, muchos sobrinos acudieron esperando prebendas. Era la lacra tan nociva del nepotismo. Carlos no acudió. Siguió en su trabajo.

Fue su tío Pío IV el que le llamó. Pronto le llenaría de honores, que Carlos aceptó como responsabilidades. A los dos meses lo hizo cardenal, arzobispo de Milán y secretario de Estado. Las sagradas Órdenes las recibió después. Iba a cumplir 22 años. Fue un caso de nepotismo acertado.

Se entregó a sus obligaciones con toda la energía de su temperamento. Apenas le quedaba tiempo para comer y dormir. Despachaba diariamente con el Papa. Atendía a todos los asuntos internos y externos de la Iglesia.

Sus tareas aumentaron al reanudarse, por iniciativa suya, el Concilio de Trento en su última etapa (1561-1563). Sin salir de Roma, era el alma de la asamblea conciliar. Interviene en las cuestiones más delicadas,

en la revisión de la Vulgata, del Misal y del Breviario. Se preocupó también de la composición del Catecismo Romano, obra muy importante.

Aliviaba su tensión con el amor al arte y a la música —era un virtuoso del violoncelo— y alguna distracción con el ajedrez, la pelota y la caza.

Todo esto, que se consideraba normal, lo dejaría pronto, para entregarse a una vida más austera y ejemplar. La muerte de su único hermano le impactó fuertemente. Aumentó el tiempo de oración —“las almas se ganan con las rodillas”, repetía— y de los rigores ascéticos. “Aprovechaba con su ejemplo más que todos los decretos de Trento”, dice un contemporáneo.

A Pío IV le sucedió San Pío V. Carlos deja Roma para dedicarse más plenamente a su diócesis de Milán. Ahora puede ya consagrarse a encarnar el ideal de obispo. Emprende una gran acción reformadora. Es el Hildebrando del siglo XVI. Sabe rodearse de buenos colaboradores.

Trabaja a ritmo acelerado. Reúne seis concilios y once sínodos para aplicar los decretos de Trento. Funda cinco seminarios para preparar dignos sacerdotes. Recorre su extensa diócesis. Multiplica las obras de caridad. Resuelve los conflictos con Requeséns, virrey de Milán.

Realiza la reforma del pueblo, del clero, de los monjes y de las monjas, que se resistían a aceptar algunas normas de Trento. Incluso le hiere un miembro de la Orden de los Humillados. Pero él no se arredra ante las dificultades. “Basta obrar rectamente en todo, dice, y luego que cada cual diga lo que quiera”. Promueve los Ejercicios de San Ignacio.

Su actividad se acrecienta al extenderse la peste de 1576. Forma juntas de salud, crea hospitales y lazaretos, busca médicos y víveres para los apestados, y él mismo anda entre ellos, confesando, consolando y repartiendo limosnas. Entrega su cama a los enfermos y él dormía en tablas.

Vivía con gran austeridad, era muy parco en la comida y en el sueño. Se desprendió de todo para aliviar a los pobres y dignificar el culto.

La intensa actividad le había dejado exhausto. Como presintiendo su muerte, quiere prepararse para ella practicando los Ejercicios de San Ignacio, que tanto apreciaba y tanto le habían ayudado siempre. A los pocos días, el 3 de noviembre de 1584 se durmió en el Señor. Sólo tenía 46 años. Este “obsequio del cielo” (Pío X) fue canonizado por Pablo V el 1610.

Otros Santos de hoy: Vidal, Agrícola, Amancio, Modesta, Próculo, Porfirio.



**5 DE NOVIEMBRE. BEATA FRANCISCA DE AMBOISE,
religiosa (+ 1485)**

Luis de Amboise, vizconde de Thouars casó con María de Rieux de la nobleza bretona el 1426, y el 9 de mayo de 1427 nació su primera hija Francisca.

Francia estaba en guerra desde hacía mucho tiempo con Inglaterra y Luis tomó parte en estas guerras enrolándose de parte de Juana de Arco. Cuanto todavía era una niña pequeñita —cuatro años— ya la casan, o mejor, hacen el contrato matrimonial entre Francisca y Pedro de Bretaña. Eran costumbres de la época.

La pequeña Francisca vive en casa del duque Juan V para que reciba una esmerada educación principesca. Mientras Pedro, su futuro esposo, sigue su formación bajo la dirección de su preceptor Juan de Treal, ella, Francisca, es entregada a los cuidados de la duquesa Juana de Francia, mujer de una profunda piedad. Francisca aprende a leer y escribir. También los otros menesteres propios de las damas de su rango. Cuentan anécdotas encantadoras de esta niña: Un día prorrumpe en sollozos porque, por ser ella muy niña, no puede comulgar como hacen los demás.

Otro día al ir a dormir pide a su camarera que lleve sus zapatos a la iglesia porque allí ha visto la estatua de San Francisco que estaba descalzo y se va a enfriar durante la noche.

Francisca no olvida que cuando cumpla quince años se celebrará su matrimonio. Ella llegó virgen a él y durante toda su vida permaneció también virgen, como lo testificó su esposo poco antes de morir, que habían vivido siempre “como hermanos”.

Francisca influyó mucho en el gobierno del ducado de su esposo y también en las modas femeninas de toda Francia, que las hizo más modestas y sencillas, más recatadas y puras. El duque Pedro cae gravemente enfermo de una rara enfermedad. Quieren curarle unos hechiceros, pero él lo rechaza diciendo: “Prefiero morir con Dios a vivir con la ayuda del diablo”.

Francisca queda viuda y le esperaban años muy difíciles, ya que todos se cebarían contra ella. Pedro había dejado en testamento que, a su muerte, su esposa “pudiera más de intento vacar y entender en oraciones y otras devociones y buenas obras”. Quizá ya presentía que éste era el camino que su buena esposa seguiría después de su partida a la eternidad.

El General de los Carmelitas, Juan Soreth, el año 1552 ha conseguido del Papa Nicolás V que apruebe a las Religiosas Carmelitas y les conceda las mismas gracias que gozan las religiosas de otras Órdenes. Así lo hace el Papa por medio de la Bula Cum Nulla. Ella, Francisca, será la primera Monja carmelita que llegue al honor de los altares. Queremos decir, la más antigua de las mujeres que vivió propiamente siendo monja carmelita, ya que otras mujeres vivieron el espíritu del Carmelo, pero no estaba legislado todavía en sentido canónico. Luego bien podemos decir que Francisca de Amboise es la Madre y Fundadora del Carmelo femenino que ahora está extendido por todo el mundo.

Por sus desvelos se fundó el convento de Bondon, bajo la advocación de las Tres Marías. Ella en adelante quiere sólo ser “la humilde sierva de Jesucristo”, pero la elegirán Priora y fundará otros Monasterios. En todas partes llamará la atención por su rigurosa observancia, por su gran humildad y por su total entrega al servicio de todas las Hermanas, sobre todo, de las más enfermas y ancianas. Escribió un precioso tratadito que tituló *Exhortaciones Espirituales*. Son como una especie de Regla y normas de vida para mejor vivir la vida en el claustro. Vida de entrega al Señor y a las Hermanas. Al morir dijo a sus hijas: “Adiós, hijas queridas, yo me voy a experimentar lo que es amar a Dios sobre todas las cosas”. Era el 5 de noviembre de 1485.



6 DE NOVIEMBRE. BEATO RUPERTO MAYER, religioso
(Su fiesta, el 3) (+ 1945)

El Beato Ruperto Mayer “el apóstol de Munich”, como le llamó el cardenal Faulhaber, nació en Stuttgart el 1876. Después de una juventud normal, pero en la que se preparó concienzudamente, fue ordenado sacerdote y entró en la Compañía de Jesús. La luz no puede ocultarse bajo el celmín, y el celo apostólico de Ruperto pronto empezó a brillar.

En la primera Guerra Mundial (1914-1918) se ofreció voluntario como capellán militar y pidió ser enviado al frente para estar cerca de los soldados más expuestos al peligro. Siempre estaba en primera línea, sobre todo en los bombardeos. Tanto se distinguió que le concedieron la más alta condecoración. En uno de los bombardeos, mientras atendía a los heridos, una granada le hirió en una pierna, que tuvo que ser amputada.

Y así, con una sola pierna, olvidándose de sí mismo, Ruperto, un hombre de Dios, un hombre para los demás, llegó a ser el gran apóstol de Munich. Había muchas heridas que curar, físicas y morales, en la postguerra, y el P. Mayer trabajó sin descanso, para aliviar, consolar y socorrer.

Todos acudían a él en sus necesidades materiales. Como responsable de Cáritas, realizó una labor ingente. No era menor su trabajo en consolar e iluminar los corazones. Pasaba horas enteras en el confesonario escuchando, absolviendo, estimulando. La muestra mejor la dieron los fieles, que, cuando el P. Mayer fue encarcelado, rodearon de flores su confesonario.

Una de las principales tareas de apostolado la realizó como Director de las Congregaciones Marianas de Munich. Bajo su guía, la Congregación pasó, en pocos años, de 3.000 miembros a 7.000, y se convirtió en la fuerza católica más poderosa de la ciudad. El celo le daba alas. Iba de un lugar a otro incansablemente. Ni él se acordaba de que le faltaba una pierna. Su popularidad crece. Sus homilias eran esperadísimas. Se llenan las iglesias. Sus palabras brotaban de una vida intensa de oración.

Hablaba con valentía apostólica, sin miedo a las consecuencias, defendiendo la fe, la Iglesia, los derechos de los fieles. El choque con el nacionalsocialismo era inevitable. La Gestapo le prohibió predicar.

Él siguió predicando y fue encarcelado. Salió de la cárcel y volvió a predicar, alentado por sus superiores y el cardenal Faulhaber. Fue de nuevo encarcelado y puesto en libertad. Detenido por tercera vez en 1939 fue deportado al campo de concentración de Orianenburg, cerca de Berlín. En 1940 fue confinado en la Abadía de Ettal, en el sur de Baviera.

Esta oración suya nos descubre su espíritu: “Señor, suceda lo que Tú quieras y como Tú quieras. Yo estoy pronto, hoy y siempre. Señor, lo que Tú quieras, lo acepto. Lo que Tú quieras para mí es un beneficio, basta que yo sea tuyo. Señor, porque Tú lo quieres, está bien, yo descanso en tus manos”.

Liberado en mayo de 1945, murió en Munich el 1 de noviembre del mismo año, mientras predicaba en la Misa. Todos lloraron su muerte, los pobres, los profesionales, los miembros de sus Congregaciones Marianas...

Desde entonces, la cripta de Bürgersaal, en Munich, donde reposan sus restos, es el sitio más concurrido de la ciudad. Hasta cinco o seis mil personas, de toda edad y condición, acuden diariamente a cubrir la cripta de flores y a orar ante él, para que les siga iluminando desde el cielo.

El 3 de mayo de 1987 fue un día grande para Munich. Ese día, Juan Pablo II, en su visita pastoral a la ciudad, celebró la solemne ceremonia de la Beatificación del P. Ruperto Mayer. Día de gozo y de esperanza para todos.

Otros Santos de hoy: Severo, Félix, Leonardo, Cristina, Teobaldo.



**7 DE NOVIEMBRE. SAN DOMINGO DE ERQUICIA Y
COMPAÑEROS MÁRTIRES (+ siglo XVII) Y BEATOS ARNOULD,
ULRIKA Y BLANDINA (+ siglo XX)**

En algunas iglesias, una selva tupida de imágenes de Santos no dejaba ver ni la cruz ni el sagrario. Y como vivimos de la ley del péndulo, vinieron los modernos iconoclastas y los barrieron todos. Pero lo mejor es la moderación y el equilibrio. Necesitamos de los Santos. Su vida es el mejor comentario al Evangelio. Los Santos son los grandes amigos de Dios, son los que nos muestran con su vida cómo caminar hacia Él.

Algunos se olvidan de los Santos, precisamente cuando la Iglesia está promoviendo Beatificaciones y Canonizaciones como nunca en la historia. Durante los meses de octubre y noviembre de 1987, mientras se celebraba en Roma el Sínodo de los Obispos sobre los laicos, el Papa Juan Pablo II celebró varias Beatificaciones y Canonizaciones, individuales y colectivas. Entre ellas, la Beatificación el día 22 de noviembre de 85 ingleses, martirizados en la persecución luterana del siglo XVI. Fue muy esperanzador que asistiera una representación luterana, en señal de reconciliación.

El 18 de octubre fueron canonizados por Juan Pablo II los 16 Beatos, dominicos o relacionados con la Orden dominicana, que habían sufrido martirio en el Japón en el siglo XVII. Entre ellos figuraban 4 españoles: Domingo de Erquicia, Miguel de Aozaraza, Antonio González y Lucas Alonso. Los demás eran: el filipino Lorenzo Ruiz, 9 japoneses, 1 italiano y 1 francés.

Otra fiesta grande fue la Beatificación, el 1 de noviembre, de 3 nuevos Beatos. Los 3 con características similares: vida de oración, sencillez, cumplimiento de sus obligaciones en la vida ordinaria, la obra bien hecha.

Arnould nació en Metz (Francia) el 1838. Eran 9 hermanos y tuvo que trabajar pronto para ayudar a la modesta economía familiar. Entró en los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Destacó como hombre de intensa oración y penitencia. Austero consigo mismo, era afectuoso con los demás y practicaba la virtud de la eutrapelia: hacer la vida agradable a todos.

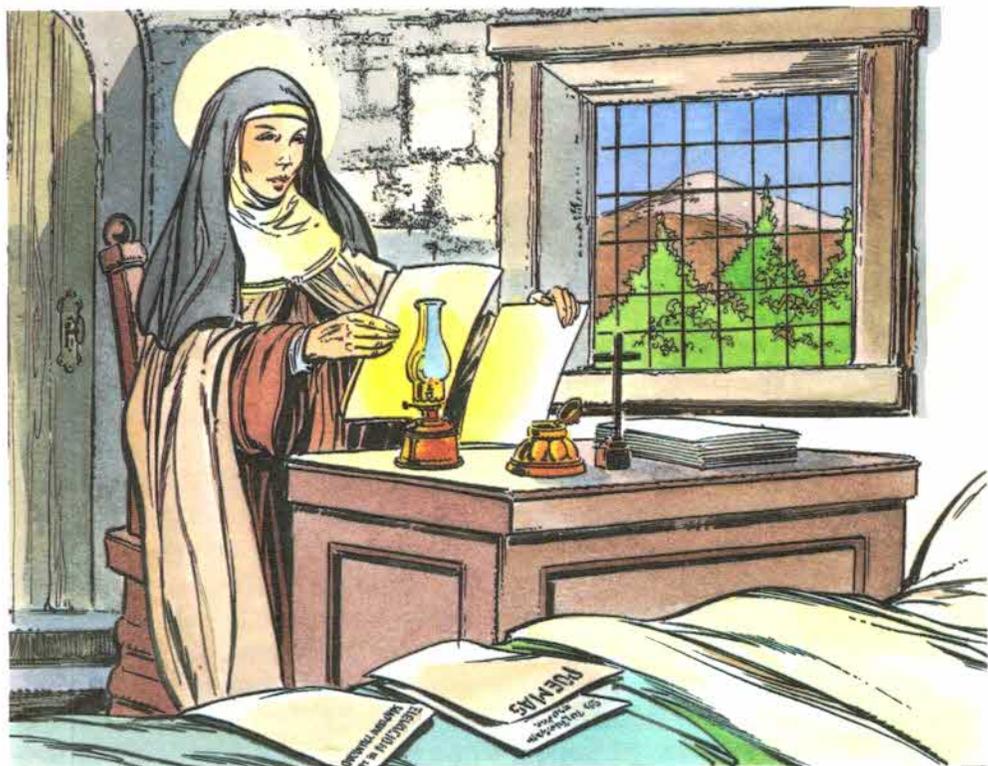
Trabajó en el Colegio San José de Reims. Se formó muy bien en Sagrada Escritura y en espiritualidad. Fue un gran profesor y experto catequista. Como maestro de novicios, realizó una labor muy fructuosa, como se vio en los que pasaron por sus manos. Murió santamente en 1890.

Ulrika nació en Alemania en 1882. Los primeros años los vivió con su abuela materna. Un año después de su nacimiento se casaron sus padres y más tarde se la llevaron con ellos. La pobreza de la casa y su nacimiento ilegítimo dejaron su huella en la niña. Trabajó como criada en varias casas, tanto en Alemania como en Suiza.

Entró en la Congregación de las Religiosas de la Caridad de la Santa Cruz. Vivió en dos conventos como cocinera. Su trabajo escondido estaba acompañado de un gran amor al crucifijo, al sagrario y a las religiosas. El Señor le concedió muchas gracias místicas. “También entre los pucheros anda el Señor” (Santa Teresa). Murió esta humilde mística el 1913, a los 31 años.

Blandina nació en Alemania el 1883. Desde niña se distinguió por su amor a la sagrada comunión, por su piedad eucarística. Estudió magisterio y lo ejerció en diversas escuelas, siempre con gran competencia. Ingresó en las Religiosas Ursulinas con el nombre de Sor Blandina del Corazón de Jesús.

Fue destinada a la enseñanza. Fue modelo para alumnas y compañeras. Muy pronto enfermó de tuberculosis. La enfermedad fue para ella una escuela de santificación. Todo lo sufría con paz y con amor. Madura para la eternidad, murió en 1918 a la edad de 35 años.



8 DE NOVIEMBRE. BEATA SOR ISABEL DE LA TRINIDAD, virgen (+ 1906)

El célebre Cardenal Mercier, de paso por Dijón quiso venerar el sepulcro de la entonces sierva de Dios Isabel de la Trinidad. Al explicarle la Madre Priora que sólo había sido seis años escasa religiosa carmelita, exclamó: — “¡Aquí se llega a ser santas muy deprisa!”.

Sí, Isabel de la Trinidad, que se puso ese nombre por su gran amor a Los TRES, como ella gustaba llamar a la Santísima Trinidad, en el siglo se llamó Isabel Catez. Nació en un campo militar, en Arvor, cerca de Bourges, el 18 de agosto de 1880. Sus padres, Francisco de Jesús Catez y María Rolland. El 19 de abril de 1891 hizo su Primera Comunión. He aquí un bello testimonio: “Iba a cumplir catorce años cuando un día, mientras la acción de gracias, sentíme irresistiblemente impelida a escogerle por único Esposo, y sin dilación me uní a Él por el voto de virginidad”. “Otra vez, después de la Sagrada Comunión parecióme que la palabra *Carmen* sonaba dentro de mi alma y desde entonces no pensé más que en esconderme entre las rejás”.

Veía que en su nación la fe y el amor a Jesucristo dejaban mucho que

desear. Para reparar en algo tanto mal, se ofreció como víctima por el bien y santificación de Francia y del mundo, cuando todavía era una adolescente.

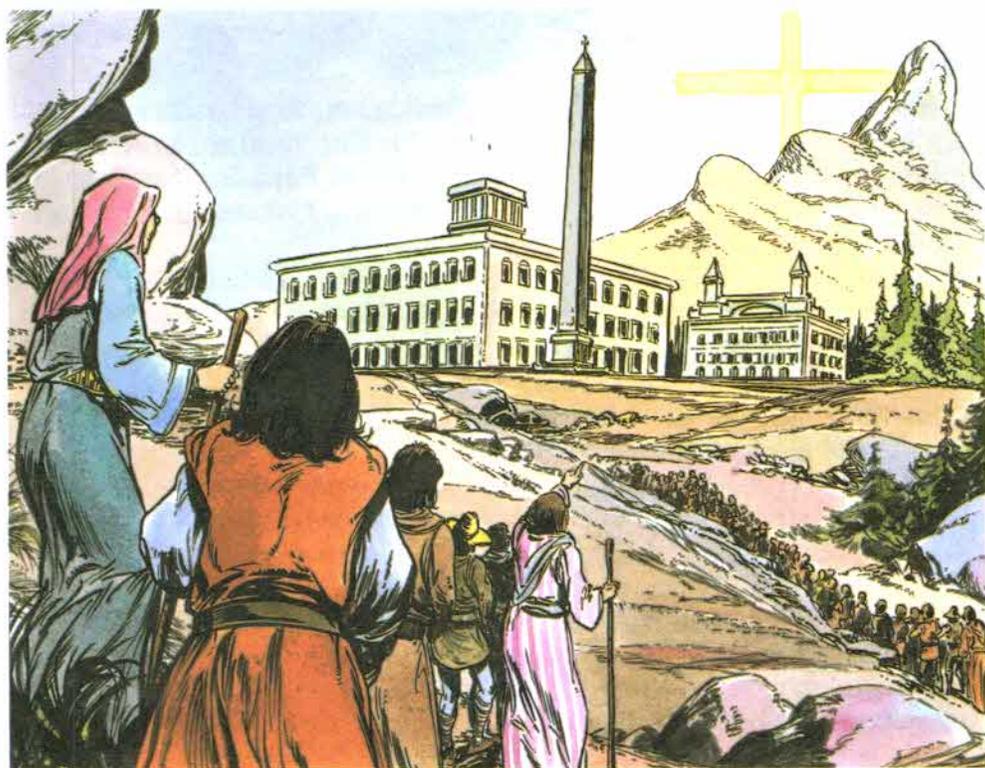
En 1901, superadas todas las dificultades, ingresó en el Carmelo de Dijón a donde se había trasladado su familia. Desde el principio se entregó de lleno a su vocación, a la que amará con toda su alma. Escribía a una futura vocación al Carmelo: "El Carmelo es un ángulo del paraíso. Se vive en silencio, en soledad, sólo para Dios... La vida de una carmelita es una perpetua comunión con Dios... Si Él no llenara nuestras celdas y nuestros claustros ¡qué vacíos estarían! Mas le vemos a Él en todas las cosas, porque le llevamos dentro de nosotras mismas, y nuestra vida es un cielo anticipado... ¡Si supieses qué feliz me hallo!... Para la carmelita no hay más que una ocupación: amar y orar... Vivir con Él, en esto consiste la vida del Carmelo: Me abraso de celo por el Señor Dios de los Ejércitos... Vive el Señor Dios de Israel, en cuya presencia me encuentro... La Regla del Carmelo... ya verá algún día qué bella es...".

Así de enamorada estaba de la vida que había abrazado Sor Isabel, que añadirá a su nombre uno nuevo: *Laus Gloríae, Alabanza de Gloria*, de la Santísima Trinidad quiere ser siempre Isabel. Su vida interior en el Carmelo se divide en dos períodos: El de la búsqueda de vida de intimidad con las Tres Divinas Personas (1901-1905) y el que encuentra su nuevo nombre o misión: Alabanza de Gloria (1905-1906).

No son muchas las obras que escribió y sin embargo es una de las figuras más destacadas de la espiritualidad contemporánea. Con el ejemplo de su vida y con sus escritos, breves pero profundos, ejerce un influjo desde hace muchos años muy grande en cuantos tratan de vivir mejor la vida de perfección. Sus escritos: 287 cartas y 20 pequeños recortes. Un diario incompleto. Poesías. Elevación a la Santísima Trinidad. Retiro: Cómo se puede encontrar el cielo en la tierra. El último retiro de la Alabanza de Gloria y su última Escuela. Quisiera ser, decía, como una humanidad complementaria, donde Jesús pudiera repetir místicamente su Encarnación.

El 21 de septiembre de 1904, después de la renovación de los votos, al impulso de una gracia eficaz, compuso la célebre oración a la Santísima Trinidad, por tantas almas repetidas. El 9 de noviembre de 1906 marchaba a gozar de las Tres divinas Personas, con su último cántico: "Me voy a la luz, al amor, a la vida".

Otros Santos de hoy: Godofredo, Claudio, Nicóstrato, Cástor, Mauro.



9 DE NOVIEMBRE. LA DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE LETRÁN (324)

El Año Litúrgico no puede girar sobre otro eje que no sea el mismo Jesucristo. Pero Cristo, la Cabeza del Cuerpo Místico, está siempre unido a sus miembros. Ahora bien, se podría decir que once meses del Año Litúrgico se dedican sobre todo a los grandes misterios de Cristo. En cambio, el mes de noviembre se dedica más bien a los miembros del Cuerpo Místico.

Y así, el 1 celebramos la fiesta de todos los Santos —Iglesia Triunfante—, el 2, la conmemoración de los fieles difuntos —Iglesia Purgante—, y hoy, día 9, la Dedicación de la Basílica de Letrán —Iglesia Militante—. (Y quiera Dios que no exista una cuarta fase de la Iglesia, la que Pío XII llamaba, con tristeza, la Iglesia Durmiente, aludiendo a la tibieza y somnolencia de muchos cristianos). En este sentido, decía el Venerable Olier, estas celebraciones de noviembre son sumamente importantes, pues, al estar los miembros íntimamente unidos a la Cabeza, cuando recordamos a éstos, celebramos en realidad el Cuerpo Místico Total.

Hoy celebramos el aniversario de la Dedicación de la basílica construida a principios del siglo IV por el emperador Constantino, en su palacio de Letrán, sobre el monte Celio. La consagró el Papa San Silvestre el 9 de noviembre del año 324, después de bautizar a Constantino y curarle, según se cree, de la lepra.

Cuatro son las basílicas mayores de Roma. Pero es la de San Juan de Letrán, que antes se llamó del Salvador, la que tiene mayor categoría litúrgica, la que es llamada “madre y cabeza de todas las iglesias de la Urbe y del Orbe”. Es la catedral del Papa, junto a ella habitaron los Papas varios siglos y en ella se celebraron cinco concilios ecuménicos.

Jesús dijo a la samaritana que llegaba la hora en que ni el monte Garizim ni el templo de Jerusalén serían necesarios para adorar al Padre, ya que los verdaderos adoradores le adorarían en espíritu y en verdad. No era ya imprescindible un lugar concreto. Lo importante era el espíritu.

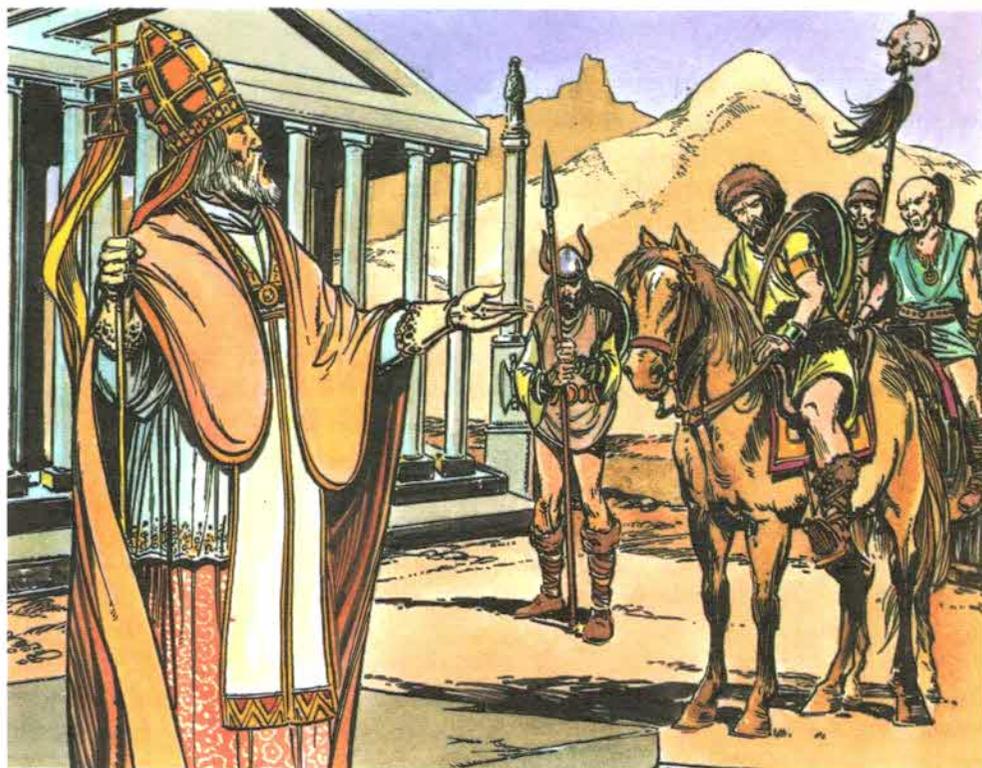
Pero consagrar espacios concretos para la adoración puede ser una ayuda para luego adorar al Padre en el gran templo de la creación. De hecho, Jesús acudía a la sinagoga, y se retiraba a veces a lugares apartados para la oración. Ese es el sentido de los templos cristianos. Y la consagración de San Juan de Letrán es el símbolo y prototipo de la consagración de nuestras iglesias para el culto divino y la oración.

El templo material es a la vez símbolo del templo espiritual, el Cuerpo Místico de Cristo. En la cúspide de este templo está la piedra viva, y esencial, la piedra divina angular, Cristo. “He aquí que yo pongo en Sión una piedra angular, escogida, preciosa...”.

Junto a la Cabeza, la piedra angular, también los miembros son piedras vivas —piedras vivas y despiertas, no durmientes— de ese templo espiritual. “Acercaos a Él, piedra viva... Vosotros, como piedras vivas, vais entrando en la construcción de un templo espiritual, formando un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por Jesucristo”.

Por tanto, un triple templo recordamos hoy. El templo material de San Juan de Letrán, y en sentido amplio, de cualquier iglesia. El templo espiritual que forman entre sí, y con Cristo, todos los fieles cristianos en gracia, o Cuerpo Místico. Y el templo del alma cristiana, en gracia, en el que habita el mismo Dios. “Si alguno me ama... vendremos a él y haremos en él nuestra morada”. “¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?”.

Otros Santos de hoy: Teodoro, Orestes, Alejandro, Ursino, Agripino.



10 DE NOVIEMBRE. SAN LEÓN MAGNO, papa y doctor de la Iglesia (+ 461)

San León I el Magno nació en Roma, originario de la Toscana. Antes de ser papa, había mostrado sus excepcionales cualidades en todas las empresas que le habían encomendado. Siempre fue fiel y responsable.

Se nos habla del acólito León, que lleva una carta de la Iglesia de Roma a la de Cartago. Del diácono León, gloria de la Iglesia romana, a quien Casiano dedica sus libros sobre la encarnación de Cristo. Del clérigo León, a quien San Cirilo de Alejandría escribe para interesarle en su favor, contra Nestorio. Luego le vemos en Francia, como diplomático, negociando, en nombre de la Roma Imperial, con los prefectos del imperio.

Mientras recorría Francia, es elegido Papa. Era el año 440. Todos los años, en el aniversario de su coronación, agradece a los fieles la confianza que pusieron en él, sin merecerlo, a la vez que les suplica sus oraciones “para que no tengáis que arrepentiros de vuestra elección”.

La llegada de San León a la cátedra de Pedro, en aquel momento, fue providencial. Roma se desmoronaba por los cuatro costados. Ante la in-

vasión, crujían los cimientos de la sociedad. Los generales desertaban, los emperadores eran títeres sin consistencia. Los veintiún años de gobierno de San León fueron una cadena de triunfos contra el desaliento.

Roma se veía amenazada, desde África por Genserico, desde el Danubio por Atila, el azote de Dios, que con sus bárbaros lo destruía todo. “Por donde pasa el caballo de Atila, no vuelve a nacer hierba”. Atila, el rey de los hunos, había sido rechazado en los Campos Cataláunicos, Francia. Entonces, para vengarse, pasa a Italia y se dirige a Roma. Todos se asustan. El emperador huye. La única esperanza está en el Papa. San León sale al encuentro de Atila, a las puertas de Mantua. Se cuenta que se presentó revestido con los ornamentos pontificales. Atila se conmovió y renunció al saqueo de Roma. San León había salvado la ciudad.

Pero las calamidades volverían sobre Roma. El imperio estaba podrido. Los emperadores se asesinan unos a otros. Genserico, rey de los vándalos, llega a las puertas de Roma. León le envía una embajada. Logra que respete las vidas, pero el saqueo será tremendo. Otra vez había salvado la ciudad.

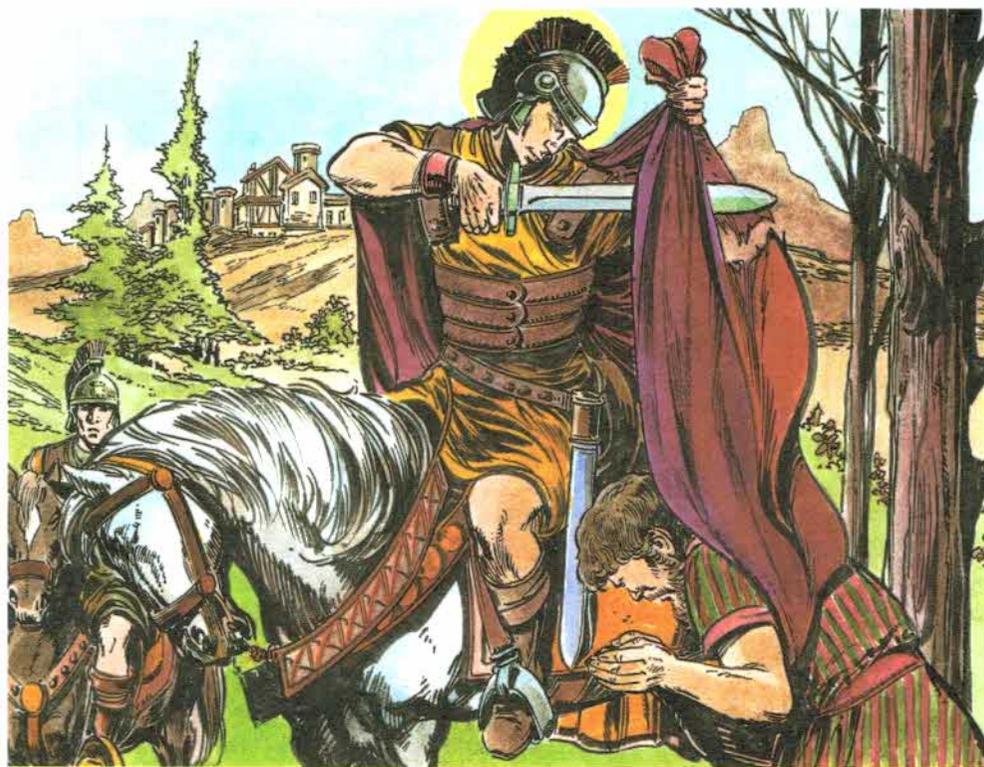
No sufría sólo por Roma. Era pastor de toda la Iglesia. Reprime a los maniqueos en Italia, atiende a los problemas de la Galia, alienta a las iglesias de África, interviene en los Balcanes, escribe a Santo Toribio de Astorga, avisándole sobre las desviaciones del priscilianismo.

En Oriente se extiende la herejía monofisita de Eutiques, que defendía la existencia de una sola naturaleza en Cristo. Muchos apoyaban la herejía. San León escribe desde Roma a Flaviano de Constantinopla. EL 4.º concilio ecuménico se reúne en Calcedonia (451) y la verdad triunfa. “Pedro ha hablado por boca de León”, claman los seiscientos obispos presentes.

San León sigue actuando, escribiendo cartas, predicando sermones, que son un exhaustivo catálogo de los problemas de su tiempo, y le sirven para exponer la verdad. Luchó como un campeón indomable por la integridad de la fe y por la unidad de la Iglesia. San León, con la elocuencia que le caracterizaba, reprimió bravamente los vicios de su tiempo.

Fue sobre todo un gran catequista y un maestro de la moral católica. “Reconoce, cristiano, tu dignidad”, clamaba San León. Fue grande en su vida, en su palabra y en su acción. Bien se mereció el apelativo de Magno. Fue el Papa providencial en aquella hora aciaga. Murió el año 461.

Otros Santos de hoy: Virgen de la Almudena, Andrés Avelino, Ninfa, Florencia, Demetrio, Modesto.



11 DE NOVIEMBRE. SAN MARTÍN DE TOURS, obispo (+ 397)

San Martín nació en Panonia, Hungría, el 316. Sus padres eran paganos. Estudia en Pavía, donde conoce el Cristianismo. Su padre, que era tribuno militar, para desviarle del cristianismo, le obliga a ingresar en el ejército. Martín concilia sus deberes militares con sus aspiraciones cristianas. Vida ejemplar de monje y soldado: valentía y vida santa y caritativa.

Siendo militar sucedió el hecho tan tratado en la iconografía. Era invierno, y al entrar en Amiens, encuentra un mendigo casi helado, sin ropa. Divide su clámide en dos partes y entrega una al pobre. Cristo se le aparece vestido con la media capa: “Martín, catecúmeno, me ha cubierto con este vestido”.

Pronto recibe el bautismo. Deja la milicia para seguir a Cristo. San Hilario de Poitiers quiere ordenarle de diácono. Él se queda de exorcista. Vuelve a su patria, convierte a su madre. De nuevo en Poitiers, funda Ligugé, auténtico monasterio misional. Allí pasa once años, feliz en su ambiente, pues Martín fue “soldado por fuera, obispo a la fuerza, monje por gusto”.

Sulpicio Severo escribió Cartas y Diálogos y sobre todo la *Vida de San Martín*. Pocos libros habrán sido más leídos que éste, que ha servido de fuente para llevar por todas partes —a través de cantares y poemas, representaciones teatrales, la pintura y la escultura— la imagen de este Santo “el más popular y conocido de toda Europa”.

Un historiador ha contado en Francia 3.667 parroquias dedicadas a él y 487 pueblos que llevan su nombre. Un buen número hay también en Alemania, Italia y España. Es simpático el párrafo en que Don Quijote enseña a Sancho la imagen de San Martín y le explica el caso de la capa.

Martín vivía feliz en Ligugé. Pero Tours se había quedado sin obispo, y el 371 los cristianos de Tours se apoderan de él y le imponen el obispado a la fuerza. Establece cerca, para su humilde residencia, el monasterio de Marmoutiers, centro misionero de donde saldrán San Patricio y San Paulino de Nola. Desde allí parte para sus agotadoras correrías apostólicas, durante 35 años, por toda la Galia. Nada le retiene. Acusa a emperadores, reprime a los herejes, defiende a los débiles y a los condenados a muerte, realiza innumerables milagros, y entre ellos se le atribuye la resurrección de varios muertos. Su fama es indescriptible. Es llamado “el apóstol de las Galias” —nadie hizo tanto como él por Francia católica— y San Gregorio de Tours le invoca como “Patrón especial del mundo entero”.

Tan intensos viajes apostólicos, tanta obra de caridad, hasta vaciarse totalmente, agotaron sus fuerzas físicas. Se veía morir. Sus discípulos le piden que no les deje huérfanos. Martín contestó: “Señor, si aún soy necesario, no rehúso el trabajo. Sólo quiero tu voluntad”. La liturgia comenta: “¡Oh feliz varón, que ni temió morir, ni recusó la vida”.

Los discípulos querían colocarle más cómodo. “Dejadme así, les dijo, mirando al cielo, para dirigir mi alma en dirección hacia Dios”. El demonio no dejaba de importunarle. “¿Qué haces ahí, gritó Martín, bestia sanguinaria? No hay nada en mí que te pertenezca, maldito. El seno de Abrahán me espera”. Y entregó su alma a Dios. Era el 8 de noviembre del año 397.

Martín fue un asceta, un apóstol, un hombre de oración, muy influyente en toda la espiritualidad medieval. Su faceta principal, la caridad. El gesto de Amiens, dar media capa, fue superado, cuando siendo obispo, entregó su túnica entera a un mendigo —gesto menos conocido—. Sus mismos milagros, como los de Cristo, fueron milagros de caridad. Pasó haciendo el bien.

Otros Santos de hoy: Valentín, Feliciano, Menas, Victorino, Bartolomé.



12 DE NOVIEMBRE. SAN JOSAFAT, obispo y mártir (+ 1623)

San Josafat nació en Vladimir, Ucrania, el 1580, con el nombre de Juan Koncewicz. Era hijo de un cónsul y fue educado en el cisma de Focio y Cerulario. El año 1595, a sus 15 años, empieza a trabajar en un comercio de Vilna, Lituania. En los ratos libres se dedica a la lectura, sobre todo de santos, y también al penoso tema de la unión de las Iglesias.

Ese mismo año de 1595 se promulga en Brest-Litowosk, con la autoridad del metropolitano de Kiev, el decreto de unión de los Eslavos Orientales con Roma. Clemente VIII publica la constitución *Magnus Dominus* para celebrarlo.

Pío XI, el año 1923 —tercer centenario de la muerte de San Josafat— publica la encíclica *Ecclesiam Dei*. En ella alaba el interés de Josafat por buscar en la Liturgia Eslava las razones de la unión entre las Iglesias. Josafat se decidió a la unión con la Iglesia católica, sin renunciar a las peculiaridades de Oriente. Al contrario, defendió la conservación del Rito Oriental Eslavo y la Orden monástica de San Basilio, en la Iglesia Universal. El mismo se hizo monje basiliano en Viena, y cambió su nombre Juan por Josafat.

Allí se entregó a la piedad y a las más duras penitencias. El metropolitano de Kiev afirma que “en breve tiempo llegó a ser maestro de todos, en la ciencia, en la disciplina religiosa y en todas las virtudes”.

El año 1614, ya ordenado sacerdote, es nombrado archimandrita. El monasterio floreció en afanes de santidad y en anhelos de unión con Roma. Josafat entusiasmaba y arrebatava a todos con su dialéctica irrefutable. Muchas fueron sus conquistas, como los gobernadores de Polonia, de Novgorod y de Smolensko. Hasta los enemigos le llamaban “el ladrón de almas”.

En 1618 es nombrado obispo de Pólotzk, con lo que su influencia se extiende mucho más. El ejemplo de su vida casta, pobre y de gran generosidad para todos, era la mejor fuerza de su apostolado. Por socorrer a los pobres se desprendía de todo, hasta de las cosas más necesarias.

Escribe varios folletos sobre el bautismo de San Vladimiro, sobre el primado de Pedro y en defensa de la fe católica. La Rutenia Blanca le oye con admiración. Crece su fama. También el odio de los cismáticos, que le llamaban “el apóstata papista”. Es perseguido. Sufre atentados. Él sigue en la brecha y se ofrece como víctima. Lo que importa es la unión.

La intrepidez de su celo, la contundencia de sus argumentos en las controversias, las múltiples y resonantes conversiones, fueron encrespando cada vez más a sus enemigos que se sentían totalmente impotentes ante él. Lo único que ya les quedaba era eliminarlo por la violencia.

El día 12 de noviembre de 1623 culminó su heroica carrera en Vitebsk. Fue rodeado de sus más encarnizados enemigos, le hirieron de bala y fue rematado con un golpe de hoz. El Santo había previsto que no podría acabar de otra manera, al predicar con tanta valentía la verdad ante tantos enemigos. Pero él sabía que también había acabado así su divino Maestro. El discípulo no podía ser menos, quería seguir sus huellas fielmente.

A los veinte años de su heroico martirio Urbano VIII lo beatificó con el honroso título de “apóstol de la unidad católica”. Más tarde fue canonizado por el Papa Pío IX.

Juan Pablo II explicaba que los mil primeros años de la historia de la Iglesia fueron de unión. Hemos estado desunidos los cristianos en el segundo milenio. Quiera el Señor que el tercer milenio lo empecemos unidos. La sangre de San Josafat, y tantos anhelos de unión, darán su fruto.

Otros Santos de hoy: Aurelio, Benedicto, Juan, Mateo, Isaac, Rufo, Nilo, Millán.



13 DE NOVIEMBRE. SAN LEANDRO, obispo (+ 600)

San Leandro nació hacia el año 540 en Cartagena, de noble familia. Se trasladaron pronto a Sevilla. Su madre, muy piadosa, inculcó la piedad a sus hijos. Cuatro fueron Santos: Leandro, Fulgencio, Florentina e Isidoro.

El Señor tenía destinado a Leandro para una gran misión: guiar a su pueblo a la fe verdadera. Como Moisés libraría a su pueblo de la esclavitud de Egipto, Leandro liberaría al suyo de las tinieblas de la herejía.

Leandro deja pronto las glorias de este mundo, que tenía a la mano, y entra en un monasterio, que es donde entonces se fraguaban los grandes hombres. Allí estudiaba, oraba, trabajaba, templaba sus armas espirituales para el combate y abrasaba su corazón en la contemplación de la verdad.

Embebido estaba en las cosas de Dios, cuando un buen día, los sevillanos, como entonces era costumbre, irrumpieron en el monasterio, se apoderaron de él y lo sentaron en la cátedra episcopal. Sería el año 578.

Poco después llegó de Toledo Hermenegildo, enviado por su padre Leovigildo, como príncipe de la Bética. Se trataron mucho Leandro y Hermenegildo, y éste, que era arriano, abrazó la fe católica, inducido

también por su mujer Ingunda, buena católica. Furioso Leovigildo, mandó un ejército contra su hijo. Hermenegildo fue preso y Leandro desterrado.

Mientras Hermenegildo moría mártir de la fe, en la prisión de Tarragona, Leandro adiestraba sus armas, que eran solamente la fe y la divina Palabra. Leovigildo, arrepentido, llamó a Leandro.

Al llegar Leandro a Toledo, Recaredo, hijo y sucesor de Leovigildo, estaba ya preparado para el paso trascendental. El 4 de mayo del año 589 es una de las fechas más gloriosas de la historia de España. Se celebraba el Concilio III de Toledo, presidido por San Leandro. El rey, los obispos, los nobles y el pueblo abjuraron de la herejía arriana y abrazaron la fe católica. Era la unión, de tantos frutos para la Iglesia y para España.

Leandro fue el alma del Concilio, el autor y cantor de la unidad: “Alégrate y regocíjate, santa Iglesia de Dios, clamaba Leandro, gózate porque formas un solo cuerpo para Cristo. Armate de fortaleza y llénate de júbilo. En un solo parto diste a Cristo innumerables pueblos”. Estas últimas palabras eran anuncio de la magna obra evangelizadora de España.

Su hermano San Isidoro, al escribir sobre los *Varones Ilustres*, nos dice que Leandro escribió dos volúmenes contra los arrianos y un tratado *sobre las Vírgenes*, dedicado a su hermana Florentina, sobre la vida consagrada y el desprecio del mundo, auténtica joya de la literatura ascética.

Además cuidó la restauración litúrgica, arregló el Salterio y compuso sentidas melodías para la Misa, Laudes y salmos. Escribió variedad de cartas al Papa Gregorio, a su hermano y a varios prelados.

Leandro y San Gregorio Magno se conocieron, siendo monjes, en Constantinopla y eran íntimos amigos. Se escribieron cartas entrañables. Le escribía el Papa: “Cuán grandes ansias tengo de verte, puedes leerlo, puesto que me amas, en el libro de tu corazón. Pero como la distancia me impide realizar mi deseo, el amor me ha inspirado enviarte y dedicarte, para que te acuerdes de mí, los *Comentarios* que he compuesto sobre Job, y el *Libro de la Regla Pastoral*, que compuse al principio de mi pontificado. Siempre estás en mi memoria, pues llevo la imagen de tu rostro en mi corazón”.

En 1989 celebramos el XIV Centenario del Concilio III de Toledo. Es de desear que se celebre con la importancia y proyección que se merece.

Otros Santos de hoy: Nicolás, Arcadio, Pablo, Valentín, Antonino, Germán, Eugenio, Estanislao de Kotska.



14 DE NOVIEMBRE. SAN DIEGO DE ALCALÁ, religioso (+ 1463)

San Diego nació a finales del siglo XIV en San Nicolás del Puerto, Sevilla, de humilde familia. Humilde pueblo y humilde familia, pero Dios se complace en exaltar a los humildes, y San Diego no pudo ocultar, con su mucha humildad, los múltiples milagros que realizaba.

Diego buscó pronto dirección espiritual que orientara sus deseos de santidad. La encontró en un sacerdote ermitaño, cerca de San Nicolás. De allí fue a un convento de Córdoba, donde profesó como hermano lego en los franciscanos. Allí empieza su vida andariega por pueblos de Córdoba, Sevilla y Cádiz, dejando un reguero de caridad y milagros.

Luego fueron las islas Canarias escenario de sus afanes apostólicos. La isla de Fuerteventura, sobre todo, donde atrajo al cristianismo miles de guanches, y de cuyo convento fue nombrado guardián, fue campo de su celo.

El año 1450, proclamado Año Santo por Nicolás V —el primer Año Santo fue proclamado el año 1300 por Bonifacio VIII—, ofreció a Diego la ocasión de marchar a Roma para lucrar las indulgencias del Jubileo. Fue una larga y penosa peregrinación de varios meses que aprovechó pa-

ra predicar y hacer el bien por muchos pueblos de Francia e Italia. Asistió a la canonización de San Bernardino de Siena, a la que habían acudido miles de franciscanos. Se declaró entre ellos la peste, y Diego se distinguió en atenciones con los apestados, consolándoles y mitigando sus dolores. Residió durante varios meses en el convento de Santa María de Araceli.

Vuelto a España, le destinaron a Alcalá de Henares, su última estación. Aquí sobre todo desplegó el ardor de su corazón en obras maravillosas. Es de notar cómo un hermano lego pudo llegar a ser tan popular y famoso, tanto en vida como su sepulcro después de muerto.

La razón estriba en que el Señor quiso premiar la pequeñez de su siervo, que sólo quiso distinguirse por sus aspiraciones a la santidad. Brillaba Diego por su sencillez, su humildad, su servicialidad, su obediencia, su caridad heroica, especialmente con los pobres y los enfermos.

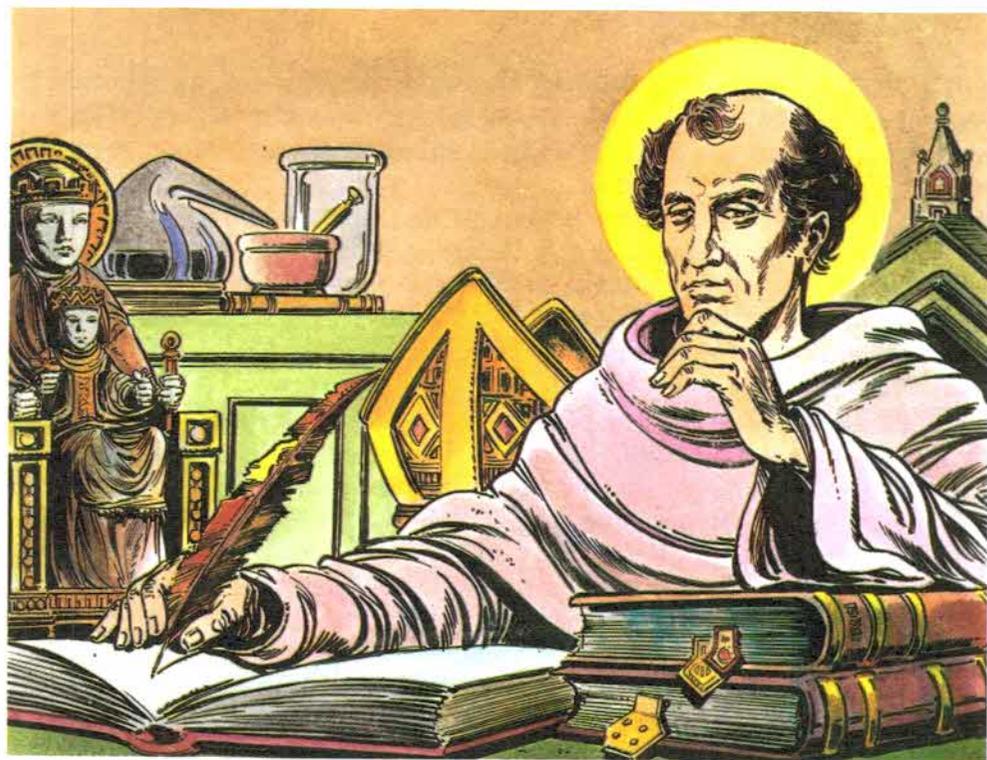
“Dios Nuestro Señor, dice Sixto V en la Bula de canonización, eligió al humilde y bienaventurado Diego, mostrando claramente que lo que es menos sabio es más sabio que todos los hombres, y lo más enfermo y flaco, más fuerte que todos los hombres. Dios, el único que hace maravillas, a este su siervo pequeñito, con sus celestiales dones de tal manera lo adornó, que no sólo esclareció con sus prodigios los reinos de España, sino aun los extraños, donde su nombre es conocido, con gran honra y gloria suya”.

Todos acudían a él mientras vivió, a pedirle consejo y consuelo. Y todos acudían a él en su sepulcro para acogerse a su protección. Como fue el caso de Enrique IV de Castilla, para pedir la curación de la Beltraneja.

El caso más conocido fue el de Felipe II, que estando su hijo, el príncipe Carlos, enfermo de gravedad, mandó trasladar los restos de San Diego a la cámara regia para conseguir la curación. Este milagro lo popularizó Lope de Vega, tomándolo como argumento en una de sus comedias.

Lleno de méritos, el humilde franciscano entregó su alma a Dios el 13 de noviembre del año 1463 en Alcalá de Henares. Subió a los altares el año 1588 bajo el pontificado de Sixto V. Su proceso de canonización había sido introducido por el Papa Pío IV, a instancias sobre todo de Felipe II, y uno de los milagros exigidos y aprobados para la canonización fue el de la curación de su hijo, el príncipe Carlos.

Otros Santos de hoy: Clementino, Filomeno, Lorenzo, Eugenio de Toledo.



**15 DE NOVIEMBRE. SAN ALBERTO MAGNO,
obispo y doctor de la Iglesia (+ 1280)**

San Alberto nació en Lavingen, Suavia, el año 1193. Hijo de familia noble, tuvo una juventud despreocupada, dedicado a la caza a orillas del Danubio con frecuencia. Luego fue a estudiar a la universidad de Padua. Un día oyó allí predicar al Beato Jordán de Sajonia, General de los Dominicos, y una luz súbita le transformó. Al bajar Jordán del púlpito, Alberto le pidió el hábito dominico. Tenía entonces treinta años.

Este suceso parte su vida en dos. Empieza ahora una nueva etapa que se resume en tres tareas, que colmarán su vida: rezar, estudiar y enseñar.

Pero estas tres tareas no estaban separadas. Las realizaba simultáneamente, como actividades complementarias, que se apoyaban y nutrían mutuamente, como partes integrantes de su personalidad.

Sólo algún pequeño paréntesis le interrumpió: dos años obispo de Ratisbona, provincialato, predicador de la Corte pontificia y de la 8.^a Cruzada, por orden de Urbano IV, y su asistencia al II Concilio de Lyon.

Además de ser un hombre de oración, fue un hombre de estudio. El resultado fue, un gran profesor. Enseñó en Friburgo, Lausana, Ratisbo-

na, Estrasburgo, y sobre todo en París y Colonia. Se le ha llamado el Doctor Universal, por su saber enciclopédico, experto en todos los ramos del saber. En sus obras aparece el sabio, el filósofo, el teólogo y el místico.

Fue un forjador de grandes maestros: San Buenaventura, Bacon, Hales, Duns Scoto y otros. Y el más ilustre, Santo Tomás de Aquino. Alberto lo descubrió y estimuló. Cuando algunos condiscípulos motejaban a Tomás, como “el buey mudo”, Alberto les corrigió: “Sí, pero sus mugidos conmoverán al mundo”. Tomás recogió de Alberto la tradición filosófica y teológica.

Alberto sobresalió con luz propia en las ciencias naturales. Estableció el principio de la autonomía de la ciencia y las leyes de la investigación. Estudió la esfera de la tierra, hizo experimentos químicos.

Tuvo un gran mérito al distinguir el campo de la filosofía del de la teología, por su intuición de la independencia del pensamiento, y por su doctrina sobre la concordia de la razón y la fe. Concordia que no busca en el platonismo agustiniano, como San Anselmo, sino en el sistema aristotélico, como base más segura para el dogma cristiano. Fue una gran intuición que desarrollaría su discípulo Tomás en la Suma Teológica.

Y junto al sabio, el místico y el santo. La armonía que supo encontrar entre la ciencia y la fe, la vivía en todos los aspectos de la vida: rectitud, lealtad, caridad. Sus devociones preferidas, en las que se refugiaba para alimentar su espíritu, eran la Misa, la Pasión de Cristo y la Virgen María. Era un sabio humilde, que sabía que todo lo recibía de Dios. Y era un sabio caritativo que todo lo comunicaba a los demás.

Siempre luchó por defender la verdad, no por defender lo que creyera que eran sólo opiniones suyas. Pero cuando supo que el obispo de París estaba para condenar algunas tesis de Tomás de Aquino, recién fallecido, Alberto, a sus 85 años, se puso en camino y su sola presencia lo arregló.

Pasó sus últimos años en Colonia, a orillas del Rin, preparándose para el tránsito final. Pide conocer el lugar de su sepultura, y ante él reza todos los días su mismo oficio de difuntos. Pero no estaba ocioso. Había recibido cinco talentos y quería aportar otros cinco ante su Señor. La muerte le sorprendió orando y trabajando, como había vivido siempre: dando los últimos retoques a un tratado sobre el Santísimo Sacramento. Murió el 1280.

Otros Santos de hoy: Eugenio, Félix, Segundo, Macuto, Leopoldo.



**16 DE NOVIEMBRE. SANTA GERTRUDIS LA MAGNA,
virgen (+ 1303)**

Santa Gertrudis es llamada la Magna, como ayer llamábamos a San Alberto el Magno, por las altas cimas que escalaron, cada uno en su campo.

No estaba bien visto que las mujeres escribiesen de mística, apoyándose en San Pablo, hasta que el Señor la animó a hacerlo a Catalina de Siena. Y hasta el siglo XX ninguna mujer fue declarada Doctora de la Iglesia.

Santa Gertrudis es una de esas santas mujeres que bebió a grandes sorbos la sabiduría de los mismos labios del Señor. Es una de las grandes místicas, la Santa de la Humanidad de Cristo, la Teóloga del Sagrado Corazón.

Había nacido en Eisleben (Turingia), el 1256. Ella misma cuenta que en los años de su niñez y juventud vivió ofuscada, como pagana entre paganos.

Fue recibida en el monasterio cisterciense de Helfta (Sajonia) a los cinco años de edad. Vivían allí Mectilde y otras almas místicas. Gertrudis se entregó con todo el ardor de su temperamento al estudio, especialmente

a la filosofía y a la literatura. Los escritores griegos y latinos la apasionaban. Pero no era una monja fervorosa. “Leía más que rezaba”.

A los 26 años experimentó una verdadera conversión. Escribe en sus *Revelaciones*: “Entonces me hiciste, Señor, el don inestimable de tu amistad y familiaridad, abriéndome el arca nobilísima de la divinidad, es decir, tu corazón divino, en el que hallo todas mis delicias”. Se acabaron los libros paganos. Desde ahora su alimento será la Biblia y los Santos Padres, San Agustín, San Gregorio Magno, y los maestros de la escuela de San Víctor.

En adelante su vida es un delicioso coloquio ininterrumpido con el amado de su alma, con ardientes expresiones de amor, apasionadas y audaces, que sólo se dan entre enamorados. “Por Ti suspira y enferma el deseo ardiente de mi alma. Quisiera que me arrancaran el corazón del pecho, que lo hicieran mil pedazos y lo pusieran en un brasero ardiente para que vuestra morada fuera menos indigna de Vos”.

El Señor le dice a su vez: “Paloma mía, amada mía, Yo te guardaré entre los brazos de mi ternura y te estrecharé contra mi corazón, de suerte que el tuyo se derrita como cera en el fuego de mi amor”. La celda de Gertrudis se había convertido en una prolongación del paraíso.

Fue Gertrudis la que reveló al mundo la devoción al Sagrado Corazón. Y lo hizo con la riqueza de símbolos que luego recogieron los hermanos Van Eyck en el célebre lienzo, *El Cordero Místico*, de la catedral de Gante. Gertrudis es la precursora de Santa Margarita María de Alacoque. Pero ambas aportan un matiz distinto. Margarita, que tuvo muchos sufrimientos físicos y morales, nos presenta una devoción al Sagrado Corazón, más desde el aspecto expiatorio. En cambio, Gertrudis, aunque también pasó su noche oscura, “cielo de bronce”, concibe esta devoción de modo menos sufriente. Para ella Jesús, más que un abismo de penas, es un misterio de gracias y amores.

Una vez dijo Jesús a Mectilde: “En el corazón de Gertrudis me encontraréis”. Luego explica Gertrudis atrevidamente que entre Jesús y ella se había dado como un intercambio de corazón. Preciosa idea que recoge la oración colecta de la liturgia de hoy, una de las colectas más bellas, junto con la de San Francisco de Borja, de todo el ciclo de los Santos.

Lo que sucedió en el corazón de Gertrudis, desea experimentarlo el alma fiel: “Oh Dios, que hiciste del corazón de Santa Gertrudis una gozosa morada para Ti, por su oración y méritos, concédenos experimentar con alegría tu presencia y tu acción entre nosotros”.

Otros Santos de hoy: Ntra. Sra. de la Divina Providencia, Margarita, Rufino, Marcos, Marcelo, Eustaquio, Edmundo, Roque.



17 DE NOVIEMBRE. SANTA ISABEL DE HUNGRÍA, reina (+ 1231)

Santa Isabel era hija del rey de Hungría y nació el 1207. A los cuatro años es llevada a Turingia, pues el rey y el landgrave quieren unir en matrimonio a sus hijos Luis e Isabel. Desde niña Isabel llevaba a sus compañeros de juegos a rezar a la capilla, repartía su merienda entre los niños pobres y no quería llevar corona de perlas viendo a Jesús con espinas.

No a todos gustaba esta conducta. Más que una princesa, parecía una beguina. Su prometido Luis siempre la defendía. A un gran valor en los torneos, unía Luis una vida ejemplar por sus virtudes y estaba orgulloso al comprobar la santidad heroica de Isabel. El matrimonio se celebró a los trece años de Isabel y veinte de Luis. Tuvieron tres hijos.

Isabel se distinguió por su heroica caridad. Repartía todas las alhajas, ropas y alimentos del castillo. Visitaba a los pobres y enfermos. Los pobres la seguían: ¡Madre, madre! Tanto la acusan de manirrota que una vez Luis la reconviene dulcemente: ¿Qué llevas ahí? Y se repite el milagro de Santa Casilda. — Rosas. Abre el delantal y, en vez de panes, había rosas.

Amaba tiernamente a su marido. Si no podía acompañarle, quedaba tris-

te en el castillo. Para recibirle se adornaba como una novia. La prueba llegaría pronto. Se alistó en la 5.^a Cruzada, convocada por Gregorio IX. En Otranto, antes de embarcar con Federico II, murió. Isabel quedó anonadada. Tenía 20 años. Todo había muerto para ella. Sólo Dios le quedaba.

Hubo intrigas por la sucesión de su esposo. Isabel renunció a la mano del emperador Federico II y se instaló en Marburgo, en una pobre choza. Construyó un hospital donde recibía a los pobres y curaba a los enfermos. Sólo guardaba el manto de la Tercera Orden, regalo de San Francisco.

Su director espiritual, Conrado, confirma la heroica caridad de Isabel. Una vez le preguntaron cómo dar limosnas, si no se tenía dinero, y contestó: “Siempre tenemos dos ojos para ver a los pobres, dos oídos para escucharlos, una lengua para consolarlos y pedir por ellos, dos manos para ayudarlos y un corazón para amarlos”. Y ella practicaba lo que aconsejaba.

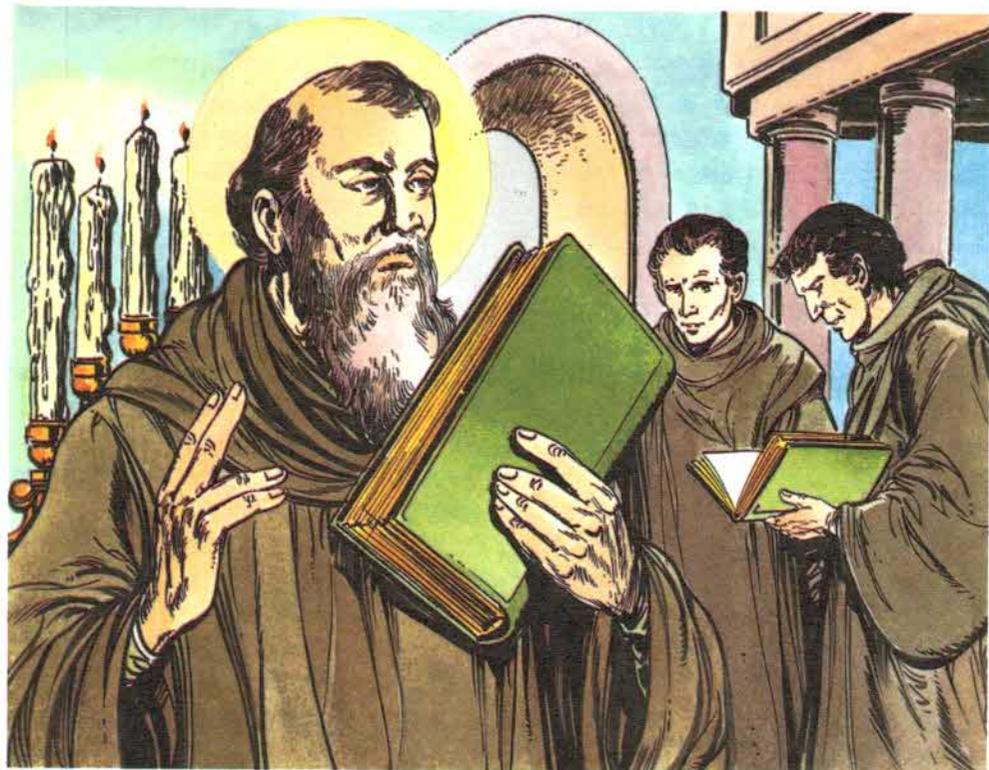
El día del Viernes Santo, puestas las manos sobre el altar de una capilla, renunció a su propia voluntad y a todas las vanidades mundanas. “Afirmo ante Dios, sigue Conrado, que raramente he visto una mujer que a una actividad tan intensa juntara una vida tan contemplativa, ya que algunos religiosos y religiosas vieron más de una vez cómo, al volver de la intimidad de la oración, su rostro resplandecía de un modo admirable y de sus ojos salían como unos rayos de sol”.

Antes de su muerte, al preguntarle Conrado cómo disponer de sus bienes, le contestó Isabel que lo poco que tenía ya no era suyo. Pertenecía ya a los pobres a los que debería entregárselo. A ella le bastaba la pobre túnica que vestía, con la que deseaba ser sepultada.

Luego se confesó, recibió el Cuerpo del Señor y se encomendó a la Virgen María para vencer los asaltos del demonio que la atacaba fuertemente. Finalmente, habiendo encomendado a Dios con gran devoción a todos los que la asistían, expiró como quien duerme plácidamente.

El amor y la penitencia la habían agotado en plena juventud. Tenía 24 años cuando el Señor se la llevó al paraíso. Era el año 1231. Cuatro años más tarde era canonizada por Gregorio IX. Una de sus hijas, abadesa de Aldemburgo, es venerada como Santa Gertrudis de Turingia. Murillo nos ha dejado un hermoso retrato de la Santa curando tiñosos.

Otros Santos de hoy: Gregorio Taumaturgo, Dionisio, Hugo, Victoria, Eugenio, Zaqueo.



18 DE NOVIEMBRE. SAN ODÓN DE CLUNY, abad (+ 942)

La abadía de Cluny, foco resplandeciente en medio de las tinieblas de la Edad Media, fue creada a principios del siglo X, llamado el siglo oscuro o siglo de hierro del pontificado, por las tristes circunstancias que se daban entre los Papas, como entre Túsculos y Crescencios disputándose la tiara.

La fuerza de Cluny provenía de que no dependía de ningún señor feudal. Tenía como meta emancipar a la Iglesia de las trabas del feudalismo, liberar al papado de las ambiciones de familias rivales. Cluny tuvo grandes y longevos abades, como Odilón, Hugo y Pedro el Venerable.

Bernón fue el primer abad. Le sucedió Odón. Odón nació en Tours, y en la basílica de San Martín, centro espiritual de Francia, recibió una esmerada educación, a través sobre todo de los *Morales* de San Gregorio. Leía también con avidez los clásicos, especialmente a Virgilio. Pero según crecían en él anhelos de perfección, fue dejando los clásicos y se dedicó únicamente a los Santos Padres y a la Regla de San Benito.

Entró en el monasterio el año 909. Pronto vio la necesidad de refor-

ma. Con muy buen criterio se dio cuenta que la reforma había que empezarla por sí mismo en primer lugar. El 926 sucedió al abad Bernón.

En su obra fundamental, *Colaciones*, sentó las bases de la reforma. Centró la vida monacal en el *Opus Dei*, el Oficio Divino. Aumentó las horas de rezo, fomentó el canto gregoriano, puso gran esmero en las ceremonias litúrgicas. Insiste en la observancia de la clausura y el silencio.

Recomienda mucho la oración. Esa era la ocupación principal del monje, más que la mortificación y el trabajo manual. No faltan resistencias de los relajados, que se le oponían. Pero San Odón siguió su camino.

Por gusto no hubiera dejado nunca el recinto monacal. Pero se da cuenta de la necesidad de extender la reforma, y extiende su influencia, personalmente o a través de grupos de monjes, reformando monasterios ya fundados o fundando otros nuevos, fuera ya de Borgoña y Aquitania.

También a Roma se vio obligado a acudir varias veces. Roma estaba muy revuelta y San Odón era siempre mensajero de paz. Logró la reconciliación entre el cónsul Alberico y el rey Hugo, que tiranizaban Roma. Fue nombrado archimandrita de todos los cenobios romanos, entre los que sobresalía el ubicado en el Aventino, monasterio de Nuestra Señora, de donde salieron grandes monjes, como Hildebrando. Su benéfica influencia se extendió al monasterio de Subiaco y a otros muchos esparcidos por Italia.

El fruto principal del período abacial de San Odón fue la autoridad y ascendiente moral adquiridos por Cluny. Al morir Odón dejaba una estela de discípulos bien formados en el espíritu benedictino que dejaron huella en la sociedad. Los largos períodos abaciales que se sucederían a la muerte de su inmediato sucesor, Aymaro, darán estabilidad a su obra de reforma. Cluny fue pronto conocido como el centro de la cristiandad y la fuente de una vida religiosa y moral, limpia y fecunda.

San Odón era severo y exigente en la disciplina consigo y con los demás. Pero a la vez era un hombre lleno de bondad y mansedumbre. Caminaba siempre con el rostro iluminado. Ningún pobre se acercó a él sin recibir limosna. Cuando se los encontraba en los caminos, bajaba de su cabalgadura y hacía que se montasen ellos, como lo habría hecho con Jesucristo.

Odón, coronado de méritos, murió de fiebres violentas en Tours el 942. Ya podía ir a descansar y recibir el premio el siervo bueno y fiel.



19 DE NOVIEMBRE. SAN RAFAEL KALINOWSKI
presbítero (+1907)

Nació en Vilna (Polonia) de familia noble el 1 de septiembre de 1835. Dedicó su niñez y juventud a la formación en la piedad y en el estudio y en ambas cosas hizo sorprendentes progresos. Más adelante cursó siete años en un colegio para nobles, realizando también un curso en la escuela de agronomía de Horki.

Con tan buena preparación abrazó la vida militar, entre los ingenieros de San Petersburgo el año 1853. De allí salió convertido en un flamante teniente encargándose de unas clases a sus propios compañeros. Subió ascendiendo por los diversos grados de la escala militar: capitán, comandante y así llegó hasta el Estado Mayor. En todo este tiempo —pasada una temporada un tanto rara en los primeros años de la vida militar— llamaba la atención por su honradez, por su acendrada piedad y por su generosidad para con los pobres. Su oración durante este tiempo ya era muy profunda y a ella dedicaba varias horas al día. También gozaba en la lectura de libros piadosos y de sólida formación teológica.

Cayó un poco enfermo y pidió la excedencia de la carrera militar. En

este tiempo acentuó más aún su vida interior. Vinieron días difíciles a su nación, ya que Rusia tenía ocupada a la pobre y mártir Polonia, y había que hacer lo posible para liberarse de aquel yugo opresor. Fue uno de los valientes que se levantaron. Fue nombrado lugarteniente del ministro de la guerra en Lituania y él aceptó con la condición de que no condenaría a muerte a nadie. Cayó preso y aprovechó para llevar una vida de mayor oración y vida mortificada. Parecía ya un verdadero monje. Él mismo manifestó la parte tan importante que había tenido en la insurrección contra el pueblo ruso. Fue condenado a muerte, pena que le fue conmutada por el destierro a la Siberia Oriental. Allí estuvo tres años —del 1865 al 1868— entregado a trabajos forzados y malos tratos, pero fortalecido con la Palabra de Dios que leía y meditaba cada día y con las largas horas de oración e intimidad con Dios y con María, a los que ya se había entregado del todo. Vinieron las amnistías y, gradualmente, se vio libre el año 1874.

Sobre estos años de deportación y sufrimientos, todos sus compañeros de exilio depusieron la maravillosa vida que llevaba nuestro José —que así se llamaba hasta que cambiará su nombre al hacerse carmelita por el de Rafael—. Era la admiración de todos por su gran caridad y, sobre todo, por su enorme vida de penitencia y oración, a las que se entregaba todo el día. Lo tenían por santo y en las letanías añadían esta invocación sus compañeros: “Por las oraciones de Kalinowski ¡libranos, Señor!”.

Después de diez años de tanto tormento, pudo volver a su patria. En Varsovia pudo abrazar a sus seres queridos. Fue nombrado preceptor del príncipe Augusto, lo que le obligó a recorrer muchas naciones. En todas partes llamaba la atención aquel noble educador por la bondad y virtudes que brillaban en su persona.

El Señor y la Virgen le llamaron a la vida religiosa en el Carmelo, y a sus 42 años, el 1877, vestía el hábito carmelita, tomando el nombre de Rafael de San José. Ordenado sacerdote el 1882 se entregó de lleno a su ministerio sacerdotal. Le fueron encomendados diversos cargos en todos los cuales demostró una gran entrega y piedad. Sobre todo trabajó con las religiosas contemplativas de la Orden para que volvieran a tener los medios necesarios para vivir. Amó tiernamente a la Virgen María. Llevó una vida de gran intimidad con Dios y recibió gracias extraordinarias del cielo. Decía: “Nuestro principal quehacer en el Carmelo es conversar con Dios en todas nuestras acciones”. Expiró el 15 de noviembre de 1907.

Otros Santos de hoy: Crispin, Máximo, Fausto, Feliciano, Severino.



**20 DE NOVIEMBRE. BEATA MARIAM, la palestina,
religiosa (+ 1878)**

Miriam Baouardy nació en Tierra Santa, en el pueblo árabe de Abeilín, entre Haifa y Nazaret, el 5 de enero de 1846, casi como un regalo de los Reyes Magos para sus padres, familia católica del rito grecomelquita.

Habían tenido Jorge y María doce hijos y todos murieron de niños. Peregrinan a Belén para pedirle a la Virgen María, a Mariam, que vele por la vida de sus futuros hijos. Y le prometen que si es niña la primera, le pondrán por nombre Mariam. Así fue. Pronto llegó Mariam, nuestra Beata.

Mariam, la pequeña árabe, la florecilla árabe, quedó huérfana a los dos años y la adoptó un tío suyo. Tuvo una infancia y juventud muy difíciles. Se trasladó con su tío a Egipto. Le prepara un ventajoso matrimonio. Mariam no acepta, pues ha consagrado a la Virgen su virginidad. Su tío la castiga. Mariam sufre en silencio, pero mantiene firme su propósito.

Su vida será una odisea. Huye de casa de su tío. Se coloca como criada en una casa de Alejandría, luego en otra de Jerusalén, de Beirut y de Marsella. Tiene un sueño y presiente que la Virgen la va a proteger siempre.

En Marsella es aceptada como postulante en las Hermanas de San José. Son frecuentes en ella los raptos y éxtasis. Recibe las llagas. Estos hechos hacen cundir la inquietud en el convento. La comunidad está dividida. Mariam no es admitida a la Profesión. Luego lo sentirán.

Es recibida como postulante para lega en el Carmelo de Pau. La arabita toma ahora el nombre de Sor María de Jesús Crucificado. Llama la atención su humildad, su candor, su sencillez, su simplicidad, su espíritu de infancia. Y a la vez sufre ataques del demonio y pasa por la noche oscura.

El Carmelo de Pau prepara una fundación en Mangalore, la India. Sor María va como cofundadora. Es un viaje difícil. Tres de las seis carmelitas mueren en el camino. Allí pronunciará Sor María su Profesión Religiosa. Siguen los fenómenos sobrenaturales, lo que le crea problemas.

Sor María se ha convertido, sin buscarlo, en una trotamundos. Ha de volver a Pau. En Pau sucede el prodigio. La repudiada en varios conventos, concibe, como divina inspiración, la idea de fundar un Carmelo en Belén. ¡La arabita, "la petit rien", la pura nada, fundadora! La toman a broma en Francia y en el patriarcado de Jerusalén. Pero vencerá. Pío IX lo aprueba. La fundación se realizó el 1875. Sor María volvía a su tierra, a Tierra Santa.

La leguita sigue imparable. ¡Hay que fundar otro Carmelo en Nazaret! Marcha con un grupo a preparar la construcción el año 1877. El Carmelo de Nazaret no se levantó hasta 1910, treinta y dos años después de la muerte de Sor María, pero ella fue quien sembró la idea, que luego germinó.

Pocas almas tan humildes, tan favorecidas de Dios, como Sor María. Era analfabeta, pero tiene expresiones de una fuerza y un lirismo de fuego: "No puedo ya más. El amor me abrasa, me consume, me quema. Mi corazón se funde, se derrite... El mundo duerme, todo duerme. Vayamos a despertarlo. Soy como un pájaro prisionero en la jaula. ¡Ábreme la puerta para volar hacia Ti!".

Ya madura para el cielo, Sor María murió el 26 de agosto de 1878, a los 32 años de edad. Rhayuqa, otra muchacha árabe, merodeaba por el Santo Sepulcro con ganas de morir allí. Sor María murió en Belén. Pero si morir es nacer a la vida, es también hermoso morir en Belén.

Sor María, la dulce arabita, fue beatificada por Juan Pablo II el 13 de noviembre de 1983. Mariam, la árabe, y Edith Stein, la judía, derramarán sus bendiciones sobre los pueblos árabes y sobre Israel.



21 DE NOVIEMBRE. LA PRESENTACIÓN DE LA VIRGEN EN EL TEMPLO

En este día, en que se recuerda la dedicación, el año 543, de la iglesia de Santa María la Nueva, construida cerca del templo de Jerusalén, celebramos la “dedicación” que María hizo de sí misma a Dios, ya desde su infancia, movida por el Espíritu Santo, cuya gracia la llenaba plenamente.

Nada nos dicen los libros canónicos de este suceso, pero es algo que se desprende de la misma naturaleza de las cosas. Cuando los padres eran estériles y pedían a Dios un hijo, ya por adelantado se lo ofrecían al Señor. Es lo que hicieron Joaquín y Ana, según cuenta la tradición.

Así se expresa un antiguo himno: “Los padres de la Virgen Soberana, en su esterilidad, alcanzaron de Dios el gran tesoro, de esta Niña sin par. Cumplen su voto y al sagrado Templo, de tres años no más, llevan su prenda, que agradable hostia, en él quiere morar”.

Pero la razón principal de este hecho reside en la persona de la Virgen Niña, aquella Niña transparente, hermosa y bella, celestial princesa. Ha sido concebida sin pecado. Gabriel la llama llena de gracia. Por tanto, se comprende que, como algo espontáneo, al no haber estorbo alguno que

lo impidiera, la graciosa Niña se lanzaría intrépida hacia el Señor, como hacia un imán irresistible. Cuando María contesta al ángel “¿cómo puede ser esto, pues no conozco varón?”, da a entender su consagración virginal.

Tendría prisa en entregarse al Señor. El amor, en cuanto de sí depende, no permite ni dilaciones ni distancias. Tendría la Niña unos tres años. Ni ella ni sus padres querrían esperar más. Ya había otros casos así.

Hay un lienzo de Murillo con una linda escena. Santa Ana está enseñando a leer a la Niña. Y lo hace con la Sagrada Escritura. María sabría muy bien el salmo 15: “El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano. ¡Me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad!”

Recitaría también el salmo 83: “¡Qué deseables son tus moradas! Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor. Dichosos los que viven en tu casa, alabándote siempre. Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa”. Escucharía el salmo 44: “Escucha, hija, mira: inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna. Prendado está el rey de tu belleza. Ya entra la princesa bellísima, vestida de perlas y brocado”. Así estaría la Niña María.

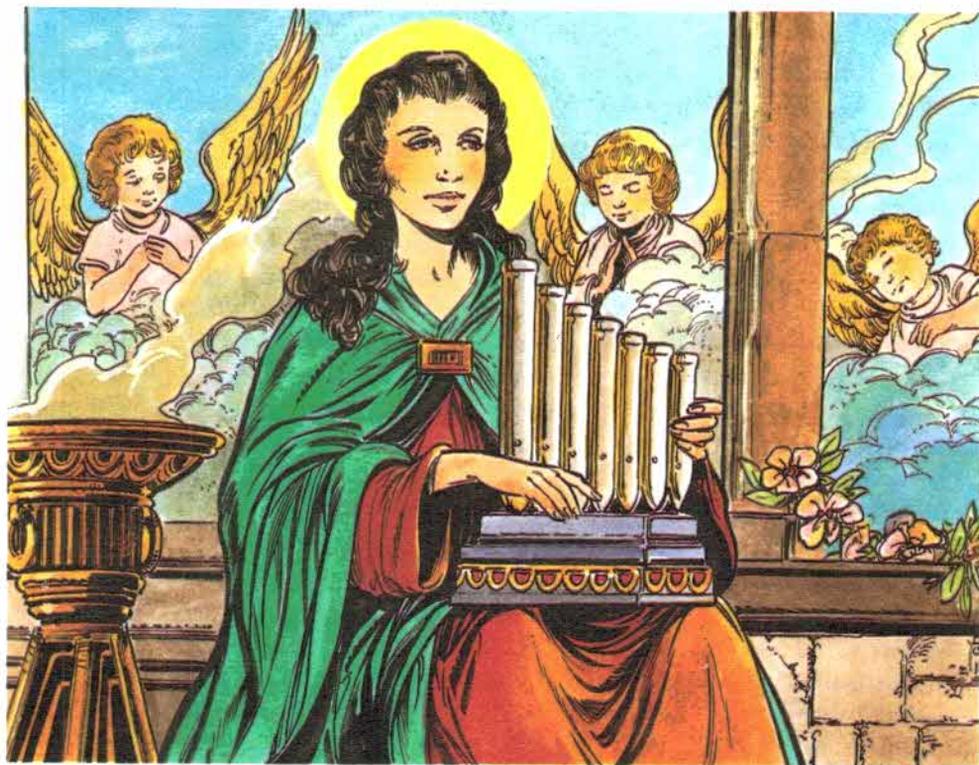
Muchos pintores, como Murillo, Jordán, Ticiano y Rafael, han plasmado, con fuerza y galanura, la fiesta de la Presentación. Sus padres abajo, como animándola, la Niña subiendo las gradas, como volando, movida por las alas de un amor irreprimible, y arriba el sumo sacerdote, de barba venerable y adornada la cabeza con la mitra de dos cuernos, esperándola complacido.

Al servicio del Templo pasaban algunos años de vida muchas vírgenes. ¿Puede extrañar ver entre estas vírgenes a la que es la Reina de todas ellas? Sí, hubo otras. Pero jamás ojos tan puros habían mirado aquellos pórticos. “Como lirio entre espinas”, así era esta Niña entre todas.

Todo allí le hablaba del Mesías, el esperado de las gentes. Y su tierno corazón se inflamaba en deseos de su venida, le llamaba con ansias innarrables, sin saber todavía la excelsa misión a que la destinaba Dios. Allí se preparaba, en la oración y servicio, a recibir el gran mensaje.

Hoy es un día apropiado para que las almas consagradas renueven su consagración al Señor, con prisa y gozo como María. Y repitiendo con ella: ¡Me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad!

Otros Santos de hoy: Mauro, Alberto, Demetrio, Esteban, Celso, Clemente, Rufo, Heliodoro, Eutiquio.



22 DE NOVIEMBRE. SANTA CECILIA, virgen y mártir (+ 178)

Santa Cecilia es una de las santas a la que más relieve ha dado la liturgia, el arte y la piedad popular. Pertenece a la ilustre familia de los Cecilio Metelos. Parece que es ya cristiana desde muy niña, y que, desde muy niña también, consagró a Cristo su virginidad.

Un obispo medieval, Adhelmo, en su libro *De Virginitate*, llega a decir que Santa Cecilia es la segunda después de la Madre de Dios, entre las vírgenes, pues guardó la virginidad aun siendo desposada.

Este alto aprecio lo confirma la liturgia, pues pone a Cecilia, con solas otras seis vírgenes, en el canon romano de la Misa. Y es la que más basílicas tuvo en Roma y quizá más templos en la cristiandad. La más ensalzada por pintores, como Rafael, Dolci, Cimabue, Van Eyck, Poussin, Pinturicchio, Domenichino. Y la más celebrada por los músicos, que la aclaman por su celestial patrona. Haendel y Haydn le dedicaron obras musicales.

Santa Cecilia llegó a ser fiesta de precepto en la Edad Media. Los antiguos formularios de la liturgia de este día recogían, apoyándose en las

Actas de su martirio, detalles primorosos de la hermosa vida de Cecilia, vida que es un idilio de armonías, perfumes, belleza y poesía.

Sus padres habían dispuesto la boda de Cecilia con Valeriano, de la noble familia de los Valerios. Cecilia tenía consagrada a Dios su virginidad, pero consiente en los desposorios, con la esperanza de convertir a Valeriano, y así ser más libre para consagrarse y servir al Señor.

“Mientras tocaba el órgano y armonizaba el festín nupcial, la virgen Cecilia cantaba al Señor dentro de su corazón: Haz, Señor, mi corazón y mi cuerpo inmaculados, para que nunca sea confundida”.

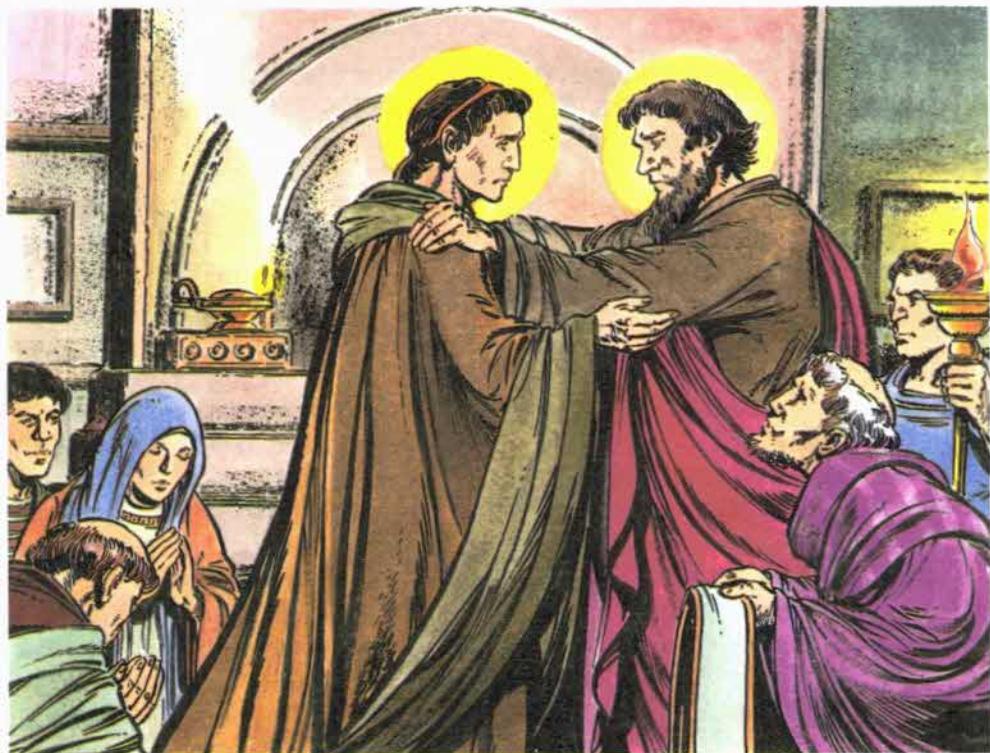
Cuando quedan solos los esposos, la esposa advierte a Valeriano que no la puede tocar, que hay un ángel vigilante entre sus cuerpos “un ángel que acerca sus almas y separa sus brazos”. Valeriano muestra interés por verlo. Cecilia le dice que lo verá cuando sea puro. Inmediatamente va a la Via Appia, a oír las enseñanzas del obispo Urbano, ayudante del papa Eleuterio, según las indicaciones que le ha hecho Cecilia.

Valeriano acude ante Urbano, recibe el bautismo y ve al ángel, como le había prometido Cecilia. Convierte a su hermano Tiburcio. Los tres son condenados a morir el año 178, en la persecución de Marco Aurelio. Los hermanos son degollados. A Cecilia, por su categoría, le conceden sufrir el martirio en su casa, en la sala de baño. Como el vapor asfixiante la respeta, ha de intervenir el verdugo con la espada, para que la blanca paloma pueda volar hacia su esposo celestial. “Esta virgen gloriosa, se nos dice, llevaba siempre el Evangelio sobre su pecho, y ni de día ni de noche interrumpía los divinos coloquios”. Ahora los continuará en el paraíso.

El cuerpo virginal fue depositado en las catacumbas de San Calixto. En el siglo IX fue trasladado por Pascual I a la basílica romana de Santa Cecilia in Trastévere, y en 1599 fue visto incorrupto por Baronio.

Aparecía la virgen recostada sobre el lado derecho, los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, unidas sus rodillas con modestia y el rostro inclinado. Una mano muestra el índice, la unidad de Dios, y la otra tres dedos, la Trinidad. Así la plasmó Maderna con blanco mármol de Carrara en la estatua yacente que hay en las catacumbas. Allí quiso recostarse Teresa de Lisieux con Celina, como cuenta en *Historia de un alma*. Y allí celebró su Primera Misa el relator de la fiesta de hoy.

Otros Santos de hoy: Filemón, Ananías, Marcos, Mauro, Esteban.



23 DE NOVIEMBRE. SAN CLEMENTE ROMANO, papa y mártir (+ 99)

San Clemente Romano es el tercer sucesor de San Pedro, después de los papas San Lino y San Cleto. Roma le vio nacer al pie del monte Celio, y en Roma fue bautizado. Sobresalió en las letras, especialmente en griego.

Es uno de los llamados Padres Apostólicos y una de las figuras principales de la antigüedad cristiana. Eusebio lo menciona siempre junto a San Ignacio de Antioquia. Según San Ireneo, Clemente había tratado a los Apóstoles, de los que había recibido la predicación viva del Maestro.

Según Tertuliano, de Pedro recibe el diaconado, el sacerdocio y el episcopado. Y según Orígenes, con Pablo colabora en la fundación de la Iglesia de Filipos. Nos entronca, pues, con las mismas fuentes.

Una antigua tradición supone que estuvo emparentado con la ilustre familia de los Flavios. Pero lo más seguro es que fuera un liberto de humilde condición. En todo caso, él sólo se gloriaba de ser cristiano.

Clemente gobernó la Iglesia romana, como sucesor del papa San Cleto, del 90 al 99. Su pontificado fue muy fecundo. Fue un verdadero adalid de la unidad de la Iglesia contra todas las fuerzas de dispersión.

El *Liber Pontificalis* nos conserva las características de su pontificado: “Clemente gobernó la Iglesia durante nueve años. Reorganizó la Comunidad de Roma, dividió la ciudad en siete sectores, encomendados a siete diáconos. Mandó redactar con cuidado las Actas de los Mártires”.

El hecho más importante de su pontificado es la Carta dirigida a la Iglesia de Corinto, desgarrada por la discordia, donde los llama a la obediencia del obispo de Roma. Es el documento papal más antiguo, después de las Cartas de San Pedro. Esta Carta es llamada “Primera epifanía del Primado Romano”, y el obispo Dionisio de Corinto la veneraba como a la Biblia.

En su Carta a los de Corinto nos muestra Clemente su idea de la jerarquía, de la disciplina y de la liturgia, su espíritu católico, su amplia cultura, su solidez teológica, su amor a la paz y a la unidad.

“Es preciso someterse con humildad. Dejemos la soberbia, enemiga de la armonía. Las ofrendas y los ritos litúrgicos han de celebrarse, no a voluntad de cada uno y sin orden, sino conforme a lo ordenado por el maestro. Sigamos el canon venerable y glorioso de nuestra tradición, conservemos el muro fraterno de la caridad. Sin ella nada es agradable a Dios. La cabeza no es nada sin los pies, pero, a su vez, los pies serían inútiles sin la cabeza. Los pequeños y los grandes se necesitan mutuamente”.

¿Cuál fue el final de la vida de San Clemente? La tradición lo presenta como mártir. Parece ser que, por orden de Trajano, fue desterrado al Quersoneso, en la actual península de Crimea. Allí dos mil cristianos, también desterrados, trabajaban con él en las canteras de mármol. San Clemente empezó a consolarlos. Todos acudían a él: “Ruega por nosotros, Clemente, para que seamos dignos de las promesas de Cristo”. Y él les decía: “No por mis méritos me ha enviado a vosotros el Señor, sino, por los vuestros, para hacerme también a mí partícipe de vuestras coronas”. Más tarde, sigue la tradición, parece que Clemente fue arrojado al mar, y le habrían atado una pesada ancla al cuello, para ser sumergido en las aguas.

Los santos eslavos, Cirilo y Metodio, en el pontificado de Nicolás I (858-867), trasladaron el cuerpo del mártir desde Quersoneso a Roma, y lo colocaron bajo el altar del templo a él dedicado, uno de los templos más antiguos de Roma, situado entre el monte Celio y el Esquilino.

Otros Santos de hoy: Columbano, Felicitas, Lucrecia, Sisinio, Gregorio.



**24 DE NOVIEMBRE. BEATA SOR ÁNGELA DE LA CRUZ,
virgen (+ 1932)**

El 30 de enero de 1846, en Sevilla, nacía la futura Beata que hoy celebramos. Sus padres, Francisco Guerrero y Josefa González. Eran pobres pero honrados. Tuvieron catorce hijos, pero sólo seis llegaron a mayores de edad. Sus padres eran —hasta la exclaustación de los religiosos en 1836— los cocineros del Convento de los Padres Teatinos de Sevilla. Su padre murió pronto. Sin embargo la madre llegará a ver la obra de su hija, y las Hermanitas de la Cruz la llamarán con el dulce nombre de “la abuelita” y quedarán admiradas de las muchas virtudes que florecían en el jardín de su alma. Ella supo transplantarlas al jardín del alma de su hija Ángela.

Un día, siendo aún muy pequeña, desapareció y todos la buscaron. Todos menos su madre que enseguida adivinó dónde estaba: en la iglesia. Fueron y allí estaba rezando y recorriendo los altares. Ya mayor dirá: “Yo, todo el tiempo que podía, lo pasaba en la iglesia, echándome bendiciones de altar como hacen las chiquillas”.

Los apuros económicos de la casa impedirán que Angelita dedique,

muchos años a su formación intelectual. Apenas sabrá leer y escribir con bastantes faltas de ortografía, pero esto bastará para su misión de Madre Fundadora.

Ya de joven, nadie osaba hablar mal o pronunciar blasfemias en su presencia. Si hablaban algo menos puro, al verla llegar, decían, cambiando de conversación: “Callad, que viene Angelita”.

Trabajó durante algún tiempo como zapatera y llegó a hacerlo muy bien. Era la mejor compañera. La dueña, Dña. Antonia, estaba encantada de ella y exhortaba a las demás a que la imitaran. Hacía rezar el rosario y rendían más que antes. En casa también seguía siendo muy mortificada y ejemplar.

El Padre Torres Padilla era muy amigo de la familia donde trabajaba como zapatera. Le habrían hablado de la maravilla de aquella joven. Un día le dice: “Angelita ¿a qué enemigo hay que temerle más?” — “Al demonio”, se apresuró a contestar Angelita. — “No, hija, no —replicó Padre Torres— el peor enemigo es el mundo”. Padre Torres, viendo el alma tan pura de Angelita y que aquel tesoro no era para el mundo, le dijo: “¿Has pensado alguna vez en consagrarte a Dios en la vida religiosa? Yo creo que tú y yo daremos juntos un paseíto por el cielo”.

Fue a la Madre Priora de las Carmelitas Descalzas de Sevilla, pero la vieron un tanto débil y no la admitieron por temor a que no pudiera observar la Regla. Después ingresó en las Hermanas de la Caridad... Llegó a vestir el hábito, pero hubo de salir del convento por enferma. El Señor le tenía reservada otra misión. Viendo que no podía ser monja en el convento, se dijo a sí misma: “Seré monja en el mundo” e hizo los Votos religiosos.

El Señor la hizo ver muchas calamidades, muchos pobres, y para remediarlo le inspiró fundar las Hermanas de la Cruz, llevando una vida pobre como ellos. El 2 de agosto de 1875 es el día señalado para dar comienzo a su gran Obra. La siguen bastantes jóvenes y mayores que quieren imitar a Sor Angela y seguir su mismo género de vida. Empiezan a llamar la atención en Sevilla, en Madrid, en todas partes donde se abren camino: Son humildes, visten muy pobremente, se preocupan del desecho de la humanidad. Todos caben en sus casas. La austeridad será nota distintiva de sus casa y de sus personas. A los pobres no les faltará nada, a ellas, sí. Roma aprueba su Obra. Es lo que ella esperaba. Es su mayor gozo. Ya puede morir en paz. Muere como ha vivido, como una santa. Toda Sevilla llora su partida a la eternidad. Era el 2 de marzo de 1932. Juan Pablo II la beatificó en Sevilla el año 1982.



**25 DE NOVIEMBRE. SANTA CATALINA DE ALEJANDRÍA,
virgen y mártir (+ 308)**

Alejandro Magno fundó Alejandría, que no quería pasar sólo a la historia como guerrero, sino también como mecenas de los sabios. Alejandría será conocida en el mundo de las letras por su famosa universidad, por su célebre escuela y por su biblioteca de unos 700.000 volúmenes. Una de las siete maravillas del mundo estaba también aquí, el faro de Alejandría. Hubo otros faros luminosos, como Plotino, Filón, Porfirio, Orígenes, Tertuliano, Atanasio, Cirilo.

Alejandro era una algarabía de pueblos y razas, de sectas y sistemas filosóficos. “Griegos y judíos, dice la condesa de Pardo Bazán, andaban a la greña continuamente. Con el advenimiento de los cristianos se complicó el asunto. La confusión de sectas y teologías se hizo formidable”.

La colonia judía era muy importante. Sus Libros Sagrados eran muy apreciados. Fue aquí en Alejandría donde Tolomeo II mandó que setenta intérpretes tradujeran del hebreo al griego el Antiguo Testamento.

La religión cristiana también empezó a tener mucha influencia. Según una antigua tradición, la Iglesia de Alejandría fue fundada por el evan-

gelista San Marcos. Tuvo luego la mejor escuela catequética de su tiempo, el Didascaleo, donde enseñaron grandes maestros: Tertuliano, Orígenes, Lactancio, San Clemente Alejandrino y San Dionisio de Alejandría.

Aquí nació nuestra Santa, faro más luminoso que el faro de Alejandría y que todos los sabios. La leyenda áurea la presenta con grandes elogios. El nombre de Catalina —la pura, la blanca— respondería a una linda princesa, hija del rey siciliano Costo, nacida en Alejandría a fines del siglo III.

Posee Catalina una personalidad radiante y popular por cuádruple motivo: como hermosa, como sabia, como virgen y como mártir. “Catalina, escribe la Pardo Bazán, no fue sólo una filósofa. Su alma es una historia de amor. Grandes artistas, como Van Dyck, Memling, Leonardo y el Veronés, plasmaron en sus lienzos los Desposorios de la virgen alejandrina con Jesucristo”.

Catalina tenía pasión por la verdad. A los dieciocho años descuella por sus conocimientos filosóficos. Es docta y elocuente, bella y con muchos pretendientes, apasionada y enamorada de la belleza.

Había recorrido todas las escuelas. Su favorito era Platón. Discute, analiza, rechaza. La cautiva sobre todo la enseñanza del obispo Pedro el Patriarca. Aquella moral tan pura, aquel Maestro tan sublime, el Sermón de la montaña, aquella Virgen Madre, de tan divina grandeza. Así, por la belleza tangible llegó Catalina a la Belleza increada: Dios.

Un providencial encuentro con el ermitaño Trifón allanó las dificultades. Catalina creyó y se bautizó. Y se dice que Cristo aquella misma noche celebró con ella los místicos Desposorios. Ya es filósofa cristiana.

La intrepida virgen Catalina se presenta audazmente ante el sanguinario Maximino Daia para recriminarle su conducta con los cristianos. Maximino se siente deslumbrado por su elocuencia. Concierta una disputa pública. Se enfrenta Catalina a cincuenta renombrados doctores. Con versos de Homero, con citas de Platón, con textos de los profetas, unidos a su gracia y elocuencia, no sólo deshace los argumentos de sus adversarios, sino que les convierte a casi todos, y sellan su fe con el martirio.

A Catalina le aplican la rueda con cuchillos. Pero se rompe en vez de lastimarla. Finalmente le llega la muerte por la espada. La desposada se iba al cielo a celebrar las bodas con su celestial Esposo. El martirologio romano dice que los ángeles trasladaron los virginales restos al Sinaí.

Otros Santos de hoy: Moisés, Erasmo, Pedro, Isabel, Beatriz.



26 DE NOVIEMBRE. SAN JUAN BERCHMANS, religioso (+ 1621)

San Juan Berchmans nació en Diest, pequeña villa de Flandes, Bélgica, el 1599. Nació el 13 de marzo y murió otro 13, el de agosto. No importa. La superstición no tenía cabida en su vida. Todos los días son regalo de Dios.

Su padre Juan, curtidor de pieles, y su madre Isabel, eran buenos cristianos. Tuvieron cinco hijos, de los que tres se consagraron al Señor. Murió pronto la madre, y al final el padre se ordenó sacerdote.

Nuestro santo fue el ángel del hogar, fiel ayudante de su madre. Inició sus estudios en el Seminario de Malinas, luego entró en el Noviciado de los jesuitas de la misma ciudad. Más tarde pasó a Roma. En el Seminario y en el Noviciado se distinguió por su candor, estudio y piedad.

Su devoción a la Virgen era proverbial. Sentía hacia ella un cariño tierno, profundo, confiado y filial. “Si amo a María, decía, tengo segura mi salvación, perseveraré en la vocación, alcanzaré cuanto quisiere, en una palabra, seré todopoderoso”. A ella dedicó su *Coronita de las doce estrellas*.

Pululaban por entonces los errores de Bayo, catedrático de Escritura en Lovaina, quien afirmaba que María había sido concebida en pecado.

Los teólogos Belarmino y Francisco de Toledo intervienen para esclarecer la verdad. Es curioso notar que el gran teólogo español Juan de Lugo atribuye el movimiento a favor de la Inmaculada a las oraciones de Berchmans.

El mismo Lugo insiste en que el decreto de 24 de mayo de 1622 se ha conseguido por la influencia sobrenatural de Juan Berchmans. En él se confirman las constituciones de Sixto VI, Alejandro VI, San Pío V y Pablo V. Se manda severamente que nadie, ni de palabra ni por escrito, se atreva a afirmar que la Santísima Virgen María fue concebida en pecado, y se solemniza la fiesta de la Inmaculada.

En el último año de su vida Juan se había comprometido, firmando con su propia sangre, a “afirmar y defender dondequiera que se encontrase el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María”.

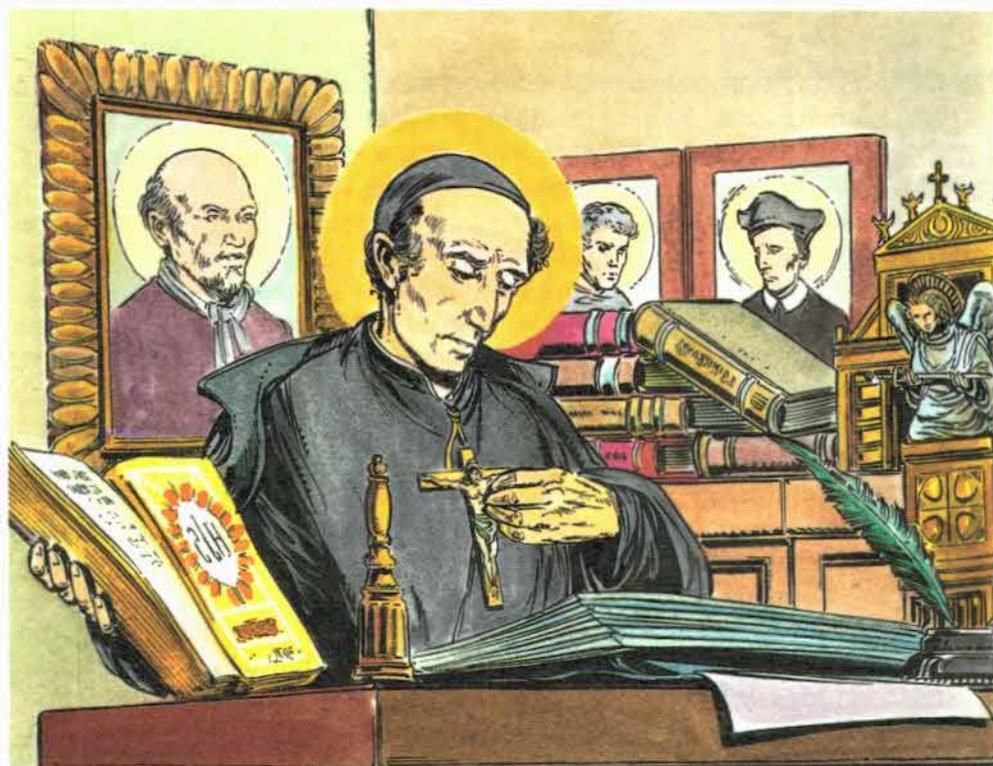
Los santos han practicado en grado heroico todas las virtudes. Pero suelen distinguirse en alguna de ellas. ¿Cuál es la virtud característica de Berchmans? Él deseaba practicarlas todas por igual. Su obsesión, su locura de santo, era la fidelidad en observar perfectamente sus obligaciones, sin excusas ni escapismos. “La virtud más eminente, es hacer sencillamente, lo que tenemos que hacer”, decía Pemán en *El Divino Impaciente*.

Aparentemente no había hecho nada, nada llamativo. Pero vivió “apasionado por la gloria de Dios”. “Quiere trabajar sin perder la más pequeña parte de su tiempo”. Aprovecha las cruces de la vida diaria: “Mi mayor penitencia, la vida común”. “Quiero ser santo sin espera alguna”.

Hacía cada cosa en su momento, y sobrenaturalizando la intención. Cuando hay que orar, decía, ora con todo amor. Cuando hay que estudiar, estudia con toda ilusión. Cuando hay que practicar deporte, practícalo con todo entusiasmo. Y siempre con más amor, en cada instante del programa diario, bajo la dulce mirada maternal de la Virgen María. Estudiaba con la mirada puesta en el futuro apostolado, en las almas que se le encomendarían.

Mi mayor consuelo, decía al morir joven, es no haber quebrantado nunca, en mi vida religiosa, regla alguna ni orden de mis superiores, a sabiendas, y advertidamente, y el no haber cometido nunca un pecado venial. Alto y recio mensaje. Es patrono de los que se preparan para el sacerdocio. Murió el 13 de agosto de 1621. Sus últimas palabras fueron: Jesús, María.

Otros Santos de hoy: Amador, Conrado, Gonzalo, Silvestre, Leonardo, Fausto, Pedro, Marcelo, Teodoro.



27 DE NOVIEMBRE. SAN JOSÉ PIGNATELLI, sacerdote (+ 1811)

El autor de la Carta a los Hebreos recuerda en el capítulo XI los santos patriarcas del Antiguo Testamento. Y el capítulo XII lo empieza así: “Teniendo, pues, nosotros tal nube de testigos que nos envuelve”, dejemos el miedo y caminemos confiados hacia Jesús. Esa “nube de testigos”, esa constelación de santos, es la que inundó la Iglesia de España los siglos XVI y XVII, y los siglos XIX y XX. Pero ¡qué aridez y sequía en el siglo XVIII, siglo volteriano, masónico y jansenista! Apenas si encontramos un santo español, excepto San José Pignatelli, y aun éste, medio napolitano.

José Pignatelli nació en Zaragoza el 1737. Su padre era el duque Don Antonio, y su madre la marquesa Doña María Francisca, y tenían su palacio junto al solar de los Lunas, la familia del papa Pedro de Luna.

Perdió pronto a su madre, pasó unos años en Nápoles y volvió a Zaragoza para estudiar en los jesuitas. El 1753 entró en la Compañía de Jesús. Fue novicio en Tarragona y estudió en Manresa, Calatayud y Zaragoza.

El 1762 era ordenado sacerdote. Fueron años difíciles. El año 1767 el,

rey Carlos III, “por razones que se reserva en su real pecho”, expulsa de España a los jesuitas. Nuestro Santo trabajó con gran celo, a pesar de su débil salud, como profesor, catequista, misionero, visitando enfermos y encarcelados. Fue siempre ejemplo de caridad, humildad y confianza en Dios. Ésas son sus virtudes características, que sabía armonizar con una innata elegancia y distinción, propia de su esclarecida alcurnia.

A él le tocó también sufrir el destierro. Vivió en Córcega, Génova, Ferrara. En Bolonia pasó un cuarto de siglo, desde 1773 hasta 1797. Desde que en 1773 fue suprimida la Compañía de Jesús por el débil papa Clemente XIV, que se dejó intimidar por algunos ministros extranjeros, Pignatelli se dedicó sobre todo a reunir los viejos miembros dispersos de la Compañía y a infundirles ánimos con los jóvenes que se van agregando.

Trabajó lo indecible por la restauración de la Compañía. Fue restaurada por Pío VII el 1814. Pignatelli había muerto ya, pero él había preparado la restauración, la había previsto y para ello había trabajado con toda su alma, con la incorporación de sangre nueva, como provincial de Italia y reorganizador de la Compañía en Nápoles y en Sicilia. Ha sido llamado segundo padre de la Compañía.

El santo aragonés era de una impresionante reciedumbre ascética. Le tocó vivir las tormentas implacables que se abatieron sobre la Compañía. Sabía que la restauración no se podría alcanzar sino con tribulaciones y trabajos, con humildad, caridad, confianza en Dios y vida interior.

En Roma se había extendido su fama de hombre de oración, de temple recio, de piedad honda y austera, humildad seráfica, caridad fogosa, exquisita prudencia y suave energía. Era un verdadero asceta. Y un manirroto limosnero también. Hasta se despojó de su ropa para vestir a un miserable.

Murió agotado por la enfermedad y los sufrimientos el 1811, en la pequeña casa de San Pantaleón, cerca del Coliseo. Benedicto XV promulgó el 1917 la heroicidad de sus virtudes. Pío XI lo declaró Beato el 1933 y el 1954 Pío XII lo inscribió en el catálogo de los santos.

El papa Pío XII, siendo aún cardenal Pacelli, y antes de la canonización, había escrito: “San Ignacio de Loyola, paladín de la vida, y José Pignatelli, paladín de la resurrección, son las dos columnas del arco triunfal de la Compañía de Jesús”. No podía hacerse un elogio mayor.

Otros Santos de hoy: Valeriano, Máximo, Virgilio, Severino, Josafat.



28 DE NOVIEMBRE. SANTA CATALINA LABOURE, virgen (+ 1876) Y MEDALLA MILAGROSA

Santa Catalina Labouré, llamada Zoé en familia, nació en Bretaña, Francia, el 1806. Sus padres eran agricultores. Zoé era la novena de once hermanos supervivientes, de los diecisiete que nacieron.

Cuando Zoé tenía nueve años murió su madre. Zoé tiene que ocuparse de las tareas de la casa. Se prepara intensamente para la sagrada Comunión. Va mucho a la iglesia, sobre todo a la capilla de la Virgen.

Zoé toma la decisión de hacerse religiosa, como su hermana mayor. Su padre se opone. La envía a París para que conozca mundo y cambie de idea.

Por fin su padre consiente y entra en el noviciado de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Adopta el nombre de Catalina. Era muy cumplidora, pero sin cualidades extraordinarias ni virtudes llamativas.

Y es a ella a quien la Virgen María se le aparece varias veces el 1830. Catalina había deseado con ansia que la Virgen se le comunicase. La primera aparición fue en el mes de julio. Catalina cuenta candorosamente la aparición, con la intervención del Ángel de la Guarda.

La principal aparición fue en noviembre. Su confesor, el P. Aladel, la

cuenta así: “La Virgen se le mostró en un retrato de forma oval. Estaba sobre el globo terráqueo, con vestido blanco y manto azul. De sus manos salían rayos resplandecientes que caían sobre la tierra. Arriba estaba escrito: ¡Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos!... En el reverso del retablo estaba la letra M, sobre la que había una cruz descansando sobre una barra, y debajo los corazones de Jesús y de María. Después oyó estas palabras: Has de acuñar una medalla según este modelo. Los que la lleven puesta y recen devotamente está súplica, alcanzarán especial protección de la Virgen. Y desapareció la visión”.

Más tarde, en 1832, el P. Aladel visita a monseñor Quelen, arzobispo de París, y consigue permiso para grabar la medalla, según la Virgen había manifestado a Catalina. El mismo arzobispo de París pudo comprobar los frutos espirituales de la medalla en varias ocasiones.

La medalla se propagó muy rápidamente. Catalina se preocupó mucho de ello, pero con tanta discreción que se mantenía en secreto el nombre de la vidente. Ella sólo hablaba con su confesor y seguía su vida normal.

El pueblo la llamó la Medalla Milagrosa por los muchos prodigios que obraba. El más famoso fue la conversión del judío Alfonso de Ratisbona. Ratisbona acepta por cortesía una medalla de la Virgen Milagrosa, con la recomendación del rezo diario del “Acordaos” de San Bernardo. Visita en Roma la Iglesia de San Andrea delle Fratte. Se acerca a la capilla de la Virgen que se le aparece tal como venía grabada en la medalla. Se arrodilló y quedó transformado. Se bautizó, se ordenó sacerdote, convirtió a muchos judíos y fundó las Hermanas de Sión para este apostolado.

Mientras tanto, Catalina sigue en la humildad y el anonimato. Atiende a los ancianos, trabaja en la cocina, en el gallinero, en la enfermería, en la portería. Sufre en silencio la falta de comprensión del nuevo confesor. Consigue que se levante el altar, con la estatua que perpetúa las apariciones, en la capilla donde había recibido las confidencias de la Virgen.

Catalina murió en París el 1876. Su cuerpo, que reposa en el altar de la Virgen del Globo, fue encontrado incorrupto 56 años más tarde, intactos los bellos ojos azules que habían visto a la Virgen. Beatificada por Pío XI en 1923, fue canonizada por Pío XII el año 1947.

Otros Santos de hoy: Valeriano, Eustaquio, Crescente, Urbano, Félix, Rufo, Esteban, Basilio, Pedro, Andrés, Santiago.



**29 DE NOVIEMBRE. BEATOS DIONISIO, presbítero
Y REDENTO, religioso, mártires (+ 1638)**

Dionisio se llamó en el siglo Pedro Berthelot y nació en Honfleur-Calvados (Francia) el 12 de diciembre de 1600. Al vestir el hábito de religioso carmelita cambió el nombre por el de Dionisio de la Natividad con el que ahora se le conoce.

Sus padres Pedro y Florida Morín, eran muy pobres, por ello el pequeño Pedro, en cuanto tuvo doce años, ya se enroló en la marina mercante para ayudar en algo a la precaria situación económica de la familia. Durante siete años recorrió varios puertos de diferentes naciones: España, Inglaterra y hasta América.

A sus 17 años salió en una flota en rumbo hacia las Indias Orientales. Sufrieron muchísimo durante toda la travesía, pero de todo salió ileso nuestro valiente y joven marino. Durante este tiempo de la travesía demostró tantas cualidades, tanta seriedad y responsabilidad, que el capitán del navío, el señor Beailieux, le nombró primer piloto del navío, cuando todavía era un joven inexperto. Era el 1618 cuando pisa tierra de las Indias, como primer piloto y especialista como cosmógrafo de los re-

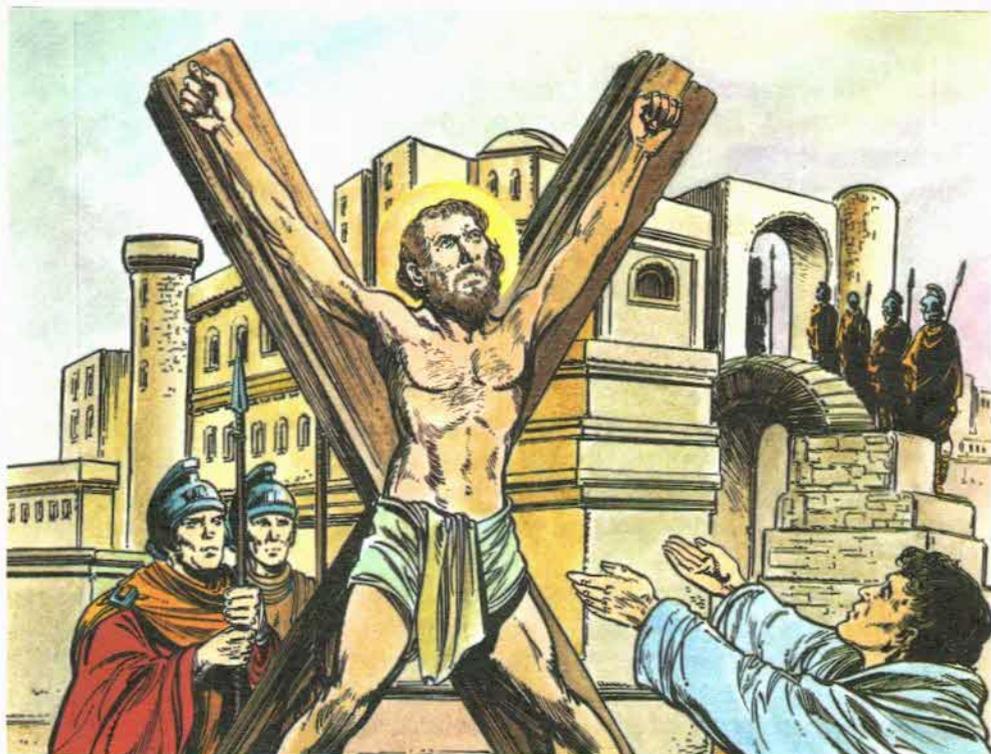
yes de Francia y Portugal, para estudiar cuantos países descubran y visiten. Recuerdo de aquellos viajes y prueba fidedigna de su gran pericia y no menos valor, es el testimonio de su preciosa obra *Tabulae maritimae* que se conserva en el Museo Británico de Londres.

Mientras estaba en Goa, igual que en todas partes, procuraba llevar una vida de generosa entrega al Señor por medio de la oración y vida de sacrificio y de caridad, sirviendo a sus hermanos en cuanto le era posible. Estos días, su Padre espiritual, P. Fernando de la Sma. Trinidad, le anima a que deje el mundo y abrace la vida religiosa en el Carmelo. Así lo hace emitiendo los votos religiosos el 25 de diciembre de 1636 con el nombre de Fray Dionisio de la Natividad. Dos años después, el 24 de agosto de 1638, era ordenado sacerdote. Tanto durante el tiempo del Noviciado como durante sus estudios y el poco tiempo que pudo ejercer el sacerdocio, fue siempre modelo de todas las virtudes. El embajador del Rey de Portugal quiso llevarse a Dionisio con él como guía a Achén (Sumatra). Padre Dionisio se tomó como compañero a Tomás Rodríguez que es nuestro mártir REDENTO.

El Beato Redento, en el siglo. Tomás Rodríguez, había nacido en Portugal el 1598. Su pueblo era Paredes. De muy joven se embarcó hacia las Indias Orientales y allí vistió el hábito de religioso carmelita como Hermano. Estuvo en varios conventos. En Goa, muchos años de sacristán. Allí conoció al P. Dionisio. Al vestir el hábito carmelita se puso el nombre de Redento de la Cruz. De veras que amó siempre tiernamente la Cruz de Jesucristo y sus propias cruces.

Fue compañero de viaje hacia Achén del P. Dionisio. Llegaron a esta ciudad el 25 de octubre de 1638. Los recibieron con demostraciones de falsa alegría y muy pronto fueron hechos prisioneros. El intento era que renegaran de su fe católica y que se hicieran musulmanes. Los dos carmelitas fueron mucho más duramente torturados que los otros cautivos. Los dos se privaban de lo necesario para ayudar a los otros. Les alentaban para que no decayeran en la fe. Pasaban largas horas entregados a la oración. En varias ocasiones el Señor les premió con gracias especiales que dejaban a los demás admirados. Esto era un estímulo para morir por Jesucristo. Dionisio quiso ser el último en morir para alentar a los demás. El primero fue el Hno. Redento. Los mataron a golpes de cimatarra, que abrieron sus cabezas por la mitad. Era el 29 de noviembre de 1638.

Otros Santos de hoy: Demetrio, Saturnino, Iluminada, Blas, Filomeno.



30 DE NOVIEMBRE. SAN ANDRÉS, apóstol (+ s. I)

En el lago de Genesaret o Tiberíades, o mar de Galilea —tres hermosos nombres para una misma realidad— se ha encontrado recientemente una barca. Los técnicos aseguran que es del tiempo de Cristo. De algún pescador de entonces: de Andrés y Simón, de Santiago y Juan, o de otro cualquiera.

Junto al lago de Genesaret —Kineret, arpa, por la forma que tiene— estaba Magdala, la villa de la Magdalena. Y además, Tiberíades, donde parece que no estuvo nunca Jesús, Cafarnaún, donde realizó muchos milagros, Corozain y Betsaida, que sufrieron el apóstrofe de Jesús, por no recibirle.

Dos habitantes de Betsaida sí que acogieron a Jesús. El primero fue Andrés. Había aquellos días mucha efervescencia y rumores sobre la llegada del Mesías. Juan Bautista bautizaba en el Jordán y caldeaba los espíritus. Tenía junto a él muchos discípulos. Uno de ellos era Andrés.

Una tarde estaba Andrés junto a su maestro. Jesús pasó por allí. Y Juan, en un gesto generoso del que no quiere retener nada para sí, sino que cuando llega el momento sabe ceder lo que más quiere, dice a su dis-

cípulo: "He ahí el Cordero de Dios". Y se lo dice invitándole a que le siga. Juan Evangelista estaba junto a Andrés, pero como Andrés es el primer nombrado, se le llama "el protocletos", el primer llamado.

Inmediatamente Andrés fue corriendo detrás de Jesús. ¿Qué quieres?, le dice Jesús. Andrés no busca una simple palabra de respuesta, sino un conocimiento más pleno. Por eso contesta con una respuesta más ambiciosa: ¿Dónde moras? Y el Rabbí le respondió: Ven y lo verás. Se fue, y tan a gusto debió de encontrarse, que se quedó con él todo el día. "¡Quién pudiera decirnos lo que en aquellas horas aprendió el discípulo!" (S. Agustín).

Loco de alegría, Andrés quiere comunicar su experiencia. Se encuentra con su hermano Simón y lo conduce a Jesús que le cambia el nombre por Pedro. Lo mismo hizo Juan con Santiago y Natanael con Felipe. La experiencia les había tatuado para siempre. Era una experiencia contagiosa.

Andrés y Simón volvieron a sus redes. Un día Jesús se acercó a la orilla del lago y les dijo: "Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres". Y al instante lo dejaron todo y le siguieron. Era la vocación definitiva.

Luego siguieron tres años de intensa e íntima convivencia con el Maestro. Cuando las multitudes siguen a Jesús y el Maestro quiere saciar su hambre, Andrés le presenta a un muchacho que tiene unos panes y unos peces. Y junto con Felipe lleva ante Jesús a unos griegos que querían verle.

Cuando los apóstoles se dispersan por el mundo para predicar el Evangelio, Andrés recorrió el Asia Menor, el Peloponeso, Tracia, Escitia, y hasta el Mar Negro y el Cáucaso. En Patras, ciudad de Acaya, se presenta ante el prefecto. Andrés es un apasionado de la cruz. La cruz es su bandera, su espada y su armadura. "Si tú, Egeas, le dice, conocieras el misterio de la cruz, seguramente creerías en él y le adorarías".

Estas palabras provocaron la cólera del prefecto. Andrés fue condenado a muerte en una cruz en forma de aspa. Lleno de júbilo por morir como su Maestro, al ver la cruz prorrumpió en aquellas palabras que le aplicaba la liturgia: "¡Oh cruz amable, oh cruz ardientemente deseada y al fin tan dichosamente hallada! ¡Oh cruz, que serviste de lecho a mi Señor y Maestro, recíbeme en tus brazos, y llévame de en medio de los hombres, para que por ti me reciba quien me redimió por ti y su amor me posea eternamente".

Así murió Andrés "el primogénito de los Apóstoles", como le llama Bossuet.